SIMPLEMENTE HE CAMINADO

DIARIO DE UN PEREGRINO IMPERFECTO EN EL CAMINO DE SANTIAGO

MICHELE COLUCCI



2026

SLPC

© Michele Colucci
Ediciones SLPC
Diseño de portada: Francesca Negri
Maquetación: Antonella Frattini
Traducción de “Ho semplicemente Camminato”
a cargo de María Elena Fernández García
Primera edición en español: noviembre de 2026

A mis amigos peregrinos,
encontrados a lo largo del Camino y en la vida.
Gracias por haber compartido conmigo un tramo del camino.
¡Ultreia! ¡Et suseia!

El camino que he recorrido paso a paso hacia Santiago



ÍNDICE

Antes de la partida: preparativos físicos y mentales 11

Sábado 25 de abril de 2026: el día de la partida 21

Domingo 26 de abril: Roncesvalles, es decir, la montaña, la niebla y la humanidad 27

Lunes 27 de abril: «Ante la duda, yo como» 39

Martes 28 de abril: rumbo a Pamplona, peregrinos de cuatro estrellas 49

Miércoles 29 de abril: Buda y el «paso merienda» 57

Jueves 30 de abril: entre la cebada y el trigo, iglesias, coreanos y ropa tendida 63

Viernes 1 de mayo: agua, vino y el holandés que encontró el amor (y un bar) en el Camino 69

Sábado 2 de mayo: Viana, Logroño, la lluvia y los Erasmus del destino 75

Domingo 3 de mayo: La Rioja, la jubilada inglesa y el lujo absoluto de un Parador 83

Lunes 4 de mayo: el Camino según Noé 91

Martes 5 de mayo: *Napul'è*…, los Montes de Oca y 49 kilómetros de delirio 97

Miércoles 6 de mayo: Gigi D'Alessio y la meseta 103

Jueves 7 de mayo: San Nicolás de Bari en medio del Camino....111
Viernes 8 de mayo: lágrimas y lluvia....117
Sábado 9 de mayo: donde los demás veían la nada....127
Domingo 10 de mayo: la historia de Santiago de Compostela....131
Lunes 11 de mayo: León bajo la lluvia....139
Martes 12 de mayo: humillación meteorológica....145
Miércoles 13 de mayo: almuerzo diplomático por error y hasta un SPA....153
Jueves 14 de mayo: la vida que vuelve a empezar....159
Viernes 15 de mayo: Ando....169
Sábado 16 de mayo: el último Camino y aquel «allez» susurrado....173
Domingo 17 de mayo: el *chuletón* fatal....183
Lunes 18 de mayo: una pequeña humanidad cansada y feliz....193
Martes 19 de mayo: el Camino cambia de luz....199
Miércoles 20 de mayo: ¡Santiago no se va a escapar!....207
Jueves 21 de mayo – Parte I: Europa nació peregrinando a Compostela....211

Jueves 21 de mayo – Parte 2: Simplemente he caminado.....217
Viernes 22 de mayo: el último sello y la misa del peregrino.....221
Epílogo – El regreso.....227

Antes de la partida: preparativos físicos y mentales

Dormí poco la noche antes de partir. En parte por el resfriado, en parte por el diente, que por supuesto había elegido el mejor momento para romperse, y en parte porque ciertos viajes comienzan mucho antes de despegar: nacen cuando la mente ya se ha marchado y el cuerpo no consigue quedarse quieto. El Camino, por ejemplo, no se inicia cuando te pones la mochila sobre los hombres, sino mucho antes, cuando alguien te pregunta «¿por qué lo haces?», y tú no sabes qué responder. O peor aún, sientes que una respuesta demasiado precisa lo estropearía todo.

En realidad llevaba muchos años deseando hacer este viaje. Quizás se trataba de una búsqueda espiritual, o simplemente sentía la necesidad de alejarme durante unas semanas del ruido del mundo y de las infinitas exigencias que llenan nuestros días. Necesitaba silencio, espacio, tiempo para mí.

Santiago ejercía sobre mí una atracción especial, como si aquella ciudad lejana me llamara con discreción y con una obstinación imposible de ignorar.

No tenía devociones particulares ni promesas que cumplir. Y sin embargo, cada vez que alguien hablaba del Camino, se encendía una chispa dentro de mí. Era una mezcla de curiosidad e inquietud, la sensación de que en algún lugar existía una senda que, tarde o temprano, tendría que recorrer. No porque buscara una respuesta o una revelación, sino simplemente porque tenía la impresión de que Santiago de Compostela me estaba esperando.

Así, año tras año, aquella idea siguió ahí, silenciosa y tenaz. No lo bastante fuerte como para obligarme a partir, pero tampoco lo bastante débil como para ser olvidada. Estaba ahí, en segundo plano de mi vida esperando su momento.

Solo que la vida, mientras tanto, seguía pasando delante de mí: primero el trabajo, luego las responsabilidades para con los hijos y, por último unos padres que envejecen y enferman, a veces gravemente. Cada año me repetía: «El año que viene será el bueno». Y cada año había siempre una razón válida para aplazarlo.

En cierto momento comprendí una verdad muy sencilla y al mismo tiempo bastante incómoda: quizá para el Camino no hay ningún momento adecuado. Solo existen personas que siguen posponiéndolo hasta que el cuerpo, el miedo o la vida deciden por ellas.

Y entonces la decisión fue casi repentina. No irresponsable, pero sí repentina.

Como ocurre con ciertas decisiones importantes, en realidad no las planificas. En un momento dado simplemente entiendes que si no partes ahora, corres el riesgo de no hacerlo nunca.

La verdad es que solo pude partir porque muchas personas me apoyaron sin hacerme sentir egoísta por aquel deseo aparentemente absurdo de atravesar a pie todo el norte de España durante varias semanas.

Mi mujer sobre todo, que no solo lo comprendió, sino que me animó desde el principio. Y conociéndome, quizá también necesitaba comprobar si después de casi ochocientos kilómetros, volvería más iluminado y a lo mejor un poco más ordenado en casa.

Después mis hijos, que justo debido a mi estado físico daban por hecho que volvería a los cinco días, siete como máximo.

Luego mi hermano, desde Milán. Su mensaje todavía lo llevo dentro:

«Vete tranquilo. Yo me ocupo de mamá y papá. Ojalá pudiera hacer el Camino yo también...»

Hay frases que no hacen ruido, pero que dejan una huella profunda. La suya fue una de ellas.

Porque el Camino lo recorre una persona sola, pero en realidad uno nunca parte completamente solo. Están quienes te acompañan físicamente y quienes te sostienen desde casa, ocupándose de la vida mientras tú intentas por una vez ralentizarla.

También mis compañeros de trabajo lo entendieron enseguida. Ninguna ironía, ninguna sospecha hacia un funcionario en crisis mística. Al contrario. Me animaron inmediatamente, casi con una ternura inesperada. Y eso me impresionó mucho porque a menudo pensamos que el mundo laboral está hecho únicamente de procedimientos y largas reuniones (cada vez más online), pero detrás de los escritorios sigue habiendo seres humanos que reconocen la profunda necesidad que tiene alguien de parar y respirar.

Sin embargo el Camino también impone decisiones puramente materiales, con inevitables repercusiones sobre el cuerpo y la mente. Y así, los últimos días antes de partir entré en una espiral psicológica dominada por una sola

pregunta fundamental: ¿cuánto debe pesar una mochila para permitirme encontrar a Dios sin destrozarme definitivamente la columna vertebral?

Pasé horas en tiendas especializadas escuchando a dependientes que hablaban de respaldos ergonómicos, sistemas de ventilación y distribución del peso con tal competencia que me hizo sentir culpable por haber pensado hasta entonces que una mochila fuera simplemente un equipaje que se lleva a la espalda. Después de media hora de asesoramiento tenía la sensación de que una elección equivocada podía comprometer no solo mi Camino, sino también el equilibrio geopolítico de toda Europa occidental.

Vi decenas de vídeos en YouTube en los que peregrinos escandinavos y estadounidenses, inquietantemente serenos, mostraban cómo doblar una camiseta técnica *«para ahorrar espacio y liberar el alma»*. Leí libros sobre el Camino, vi *The Way*: la película estadounidense que te convence de que al llegar a Santiago encontrarás automáticamente la paz interior y la iluminación; y también vi la película italiana *Buen Camino*, claramente más irónica.

Mientras tanto también tomé clases de español con María Elena, mi muy paciente y excelente profesora, que durante semanas intentó prepararme psicológica y lingüísticamente

para la supervivencia ibérica. Gracias a ella llegué a España con la impresión de conocer ya el Camino: sus lugares más bellos, los monumentos, la comida, las tradiciones y algunas palabras imprescindibles para la supervivencia del peregrino.

En realidad, una vez allí de verdad, mi vocabulario operativo quedó reducido al comienzo casi exclusivamente a *«un café solo, por favor»*, *«una cerveza sin alcohol»*, *«muchas gracias»*, y *«¿dónde está la lavandería?»*.

Todos me daban consejos: *«Llévate solo lo esencial», «Con dos mudas basta!», «Lo superfluo te pesará una barbaridad»*.

Sí, claro. Pero nadie te explica qué es lo esencial cuando estás mirando fijamente tus camisetas, los calzoncillos y los calcetines esparcidos sobre la cama, intentando averiguar cuántos hacen falta para atravesar España manteniendo al mismo tiempo la dignidad personal, la salud mental y unas relaciones sociales aceptables.

Al final, poniendo y quitando cosas sin parar, conseguí la hazaña, para mí ciertamente heroica, de llenar una mochila con tan solo seis kilos y medio de ropa y equipamiento útil para caminar en cualquier clima. Para muchos peregrinos habría sido un triunfo del minimalismo zen. A mí todavía

me parecía demasiado. La semana anterior hice un ensayo general: veintidós kilómetros desde mi casa, en Overijse, Bélgica, hasta Lovaina, sin mochila siquiera.

Llegué hecho polvo. Destrozado de cuerpo, de espíritu y probablemente también en un par de músculos que ni siquiera sabía que tenía hasta entonces. Todavía recuerdo el pensamiento tan lúcido que tuve a mitad de camino: «*Yo Santiago no lo veré jamás. Como mucho me encuentran en Flandes, apoyado contra un muro, pidiendo asistencia espiritual a un ciclista*».

Luego estaba el drama del calzado. Calzo un 48 y medio, lo que ya en la vida normal supone una forma de marginalidad social. Todos los expertos del Camino seguían repitiéndome la misma frase aterradora: *«Tienes que coger al menos una talla más porque los pies se hinchan»*.

¿Una talla más? Pero si ya entro en las tiendas y los dependientes me miran como si estuviera buscando esquís acuáticos en una zona de montaña.

Antes de partir comprobé todo al menos cuatro veces: documentos, medicamentos, cargadores, saco sábana, capa de lluvia (aunque estaba convencido de que nunca tendría que usarla) y sombrero. Y aun así seguía teniendo la sensación de haber olvidado algo importante. Solo mucho

más tarde comprendería que era verdad: había olvidado prepararme para el silencio. Para ese silencio particular de las horas a solas, que al principio pesa sobre ti y luego poco a poco te vacía; ese silencio que no puedes interrumpir con una llamada, un correo electrónico o una reunión.

Durante años había medido el tiempo en citas, notificaciones y plazos. En el Camino, por el contrario, el tiempo cambia de naturaleza: se mide en kilómetros, en fuentes que encuentras en el momento oportuno, en bocadillos que comes quizá sentado en un prado y en personas que conoces por casualidad y que después de media hora, parecen amigos de toda la vida. Quizá ese sea el verdadero secreto del Camino: no te pregunta quién eres. No importa el trabajo que haces, ni tu cuenta bancaria, tus títulos o el papel que desempeñes en la sociedad. Todos somos iguales: peregrinos cansados, sucios, acalorados o tal vez muertos de frío, hambrientos, en busca de una buena comida y de una conexión wifi.

De rematar la faena se encargó Wim, mi cuñado, convertido ya dos veces al Camino, y que acababa de iniciar el tercero plenamente convencido de que atravesar los Pirineos es una forma avanzada de terapia espiritual. Con el entusiasmo misionero típico de los que regresan de Santiago, casi me suplicó que comenzara en el País Vasco francés en lugar de Pamplona, como había previsto

inicialmente para evitar el inicio especialmente duro del recorrido.

Y así terminé aterrizando en Bilbao con la serenidad absoluta de quien no tiene la menor idea de adónde se dirigirá ni dónde dormirá esa noche: Saint-Jean-Pied-de-Port o Pamplona, destino o improvisación.

Sábado 25 de abril de 2026: el día de la partida

Mi mujer decide acompañarme al aeropuerto. No se queda en el *Kiss and Ride*, no. Me escolta hasta los controles de seguridad y sonriendo me dice: «*Quiero estar segura de que te vas*».

Me siento como un niño al que dejan el primer día de guardería: mochila pequeña pero ya demasiado pesada, un leve trauma emocional y ninguna posibilidad real de escapar.

Aterrizo en Bilbao, en el País Vasco, rodeado de un verde intenso tirando a esmeralda. Al salir del aeropuerto descubro casi milagrosamente que hay un autobús directo a Donostia-San Sebastián. ¡Cuando el azar decide por ti muchas veces lo hace mejor!

San Sebastián es tan elegante como la recordaba: refinada sin ostentarlo, hermosa sin necesidad de explicarse. Doy una vuelta rápida hasta la catedral y luego continúo hacia Bayona, en Francia, donde tengo mi primera experiencia popular auténtica del Camino: la fiesta del cerdito rosa.

Yo buscaba recogimiento espiritual y, en cambio, me encuentro con miles de personas vestidas de rosa, cánticos

de estadio, cerveza por todas partes y caras de cerdito sonrientes que me miran fijamente desde cada rincón de la ciudad. En medio de aquel alegre caos, prólogo de mi recorrido en solitario, me da por pensar que quizá también la alegría colectiva sea una forma de oración. Sin duda más ruidosa que la eclesial, pero profunda y humana al fin y al cabo.

Por fin me monto en el pequeño tren hacia Saint-Jean-Pied-de-Port, un único vagón lleno de peregrinos, mochilas enormes y silencios nerviosos. Todos tenemos la misma expresión cambiante entre entusiasmo y ansiedad y temor: la de quien se pregunta al mismo tiempo: *«Qué experiencia tan maravillosa será»* y *«¿Pero quién me manda meterme en esto?»*.

Al poco rato, en el tren, entro en pánico al escuchar algunos comentarios: quedan muy pocas plazas en los hoteles y la oficina de turismo está a punto de cerrar. El caos se apodera de mí lentamente, junto con la concreta sensación de que podría pasar mi primera noche mística sobre un banco francés. Pero, en el último momento, la fortuna, enviada por el cielo. viene en mi ayuda.

Encuentro un albergue y llego tardísimo, muerto de cansancio y con la lucidez mental típica de los peregrinos después de doce horas de viaje. El chico de la recepción me acompaña a la habitación sin decir muchas palabras

mientras yo arrastro la mochila como si estuviera llena de piedras de lava del Vesubio y no de mis preciadísimos seis kilos y medio de «imprescindibles».

Abro la puerta: dos literas, luz tenue, y, sobre todo, dos chicas estadounidenses ya en pantalón corto de pijama, perfectamente tranquilas, como si compartir habitación con desconocidos del sexo opuesto fuera la cosa más natural del mundo.

Yo en cambio me quedo paralizado en el umbral, con la expresión de un seminarista catapultado accidentalmente a una película universitaria estadounidense.

«Perdonad... Creo que hay un error. Creo que debería estar en una habitación solo para hombres».

Una de las dos chicas, Katherine, de Wisconsin, me mira sonriendo. Tiene poco más de veinte años, una trenza rubia, el aire de quien considera cualquier imprevisto una oportunidad de crecimiento personal y esa serenidad tan típica de las estadounidenses que hacen yoga al amanecer, beben litros de agua y consiguen encontrar *amazing* hasta un zumo de apio.

«¿Es que no conoces el espíritu del peregrino?»

Me lo pregunta con tanta naturalidad que por un instante, soy yo el que se siente raro.

Yo sinceramente en ese momento solo conozco el espíritu de la incomodidad.

Ella continúa tranquilamente:

«Aquí dormimos todos juntos. Hombres y mujeres. Será mejor que te acostumbres a la idea».

Será. Pero yo sigo sintiéndome totalmente fuera de lugar. No por mala intención ni tampoco por malicia. Es simplemente la educación católica de los años ochenta mezclada con cuarenta años de automatismos sociales: entrar en una habitación donde hay dos desconocidas ya en ropa de dormir me parece una situación en la que de un momento a otro debería aparecer al menos un párroco o una maestra para llamarnos al orden.

Ellas en cambio están completamente relajadas. Yo no. Suelto la mochila intentando desesperadamente no mirar en ninguna dirección concreta.

En realidad, en ese momento comprendo que el peregrino lentamente pierde sus esquemas mentales. Al principio sale

pensando en el peso de la mochila. Luego descubre que el verdadero peso son todas esas rigideces, esos miedos elegantes y esas costumbres que llevas dentro desde hace años sin ni siquiera darte cuenta. En los refugios y albergues del Camino, las personas dejan rápidamente de interpretar el papel que desempeñan habitualmente. Ya no eres el funcionario, el abogado, el directivo, el jubilado, el estudiante o el profesor. Te conviertes simplemente en un ser humano cansado que busca una cama, una ducha caliente y quizá, un enchufe libre.

En aquella habitación improvisada, entre mochilas esparcidas, botas húmedas y estadounidenses perfectamente serenas ante mi evidente incomodidad de europeo chapado a la antigua, me doy cuenta de que la fraternidad no nace cuando somos iguales, sino cuando aprendemos a convivir con respeto mutuo en medio de nuestras diferencias, nuestros pudores y nuestra frágil humanidad.

Más tarde me encuentro por fin con la credencial del peregrino entre las manos y con el primer sello recién estampado. Un gesto sencillo, casi burocrático, que me emociona y me satisface más que muchos sellos oficiales que he recibido a lo largo de mi vida. Quizá porque este sello no autoriza a nada ni aprueba nada y ni siquiera te complica la existencia con anexos y formularios: da fe de que por fin has tenido el valor de ponerte en marcha.

Esta noche, en la pequeña Saint-Jean-Pied-de-Port comprendo que mi Camino se inició mucho antes. Tal vez en el momento en que decidí tener miedo y superarlo, o quizá cuando dejé de buscar una explicación perfecta. Solo sabía que algo me estaba llamando. No de una manera teatral o mística. Ninguna voz del cielo, ninguna iluminación repentina. Simplemente sentía la necesidad de caminar y de volver a encontrarme a mí mismo.



La Credencial del Peregrino: ¡ahora sí que comienza de verdad!

Domingo 26 de abril: Roncesvalles, es decir, la montaña, la niebla y la humanidad

A las seis y media ya estoy en pie. La ventana se ha quedado abierta toda la noche y el aire fresco ha entrado en la habitación con la misma determinación con la que mi madre abría durante la comida de Navidad todas las ventanas porque *«aquí dentro no corre el aire»*.

Me muevo procurando no despertar a los demás. He aprendido que en las habitaciones compartidas y en los dormitorios del Camino, las personas con el tiempo, no todas a decir verdad, desarrollan habilidades desconocidas para la civilización moderna: caminar e incluso respirar sin hacer ruido, o abrir una mochila sin provocar una explosión nuclear. Después de veinticuatro horas te conviertes prácticamente en un ninja franciscano.

Por suerte, Katherine, la chica de Wisconsin, ya ha preparado el café en la cocina común. Lleva despierta quién sabe cuánto tiempo y se mueve con la eficacia sonriente de quien considera natural ayudar a perfectos desconocidos a primera hora de la mañana.

Desde ese momento, Wisconsin ha entrado para siempre en mi geografía sentimental, justo después de Nápoles e inmediatamente antes de Bruselas.

Compro un cruasán caliente, me aprovisiono de agua y me pongo en marcha. El peregrino medieval afrontaba el Camino con fe, bastón y espíritu de sacrificio. El moderno en cambio, parte con cafeína, carbohidratos, apósitos Compeed y una botella de agua de un litro que después de algunos kilómetros parece pesar como un mini frigorífico.

El primer tramo es durísimo: subida empinada, niebla espesa, visibilidad de apenas cinco metros. Pienso en mi cuñado, que me convenció de empezar en los Pirineos franceses «para admirar el paisaje», trastocando todos mis planes. ¿Pero qué paisaje? Esta mañana podría encontrarme en los Alpes, en Escocia o dentro de un documental sobre la tundra islandesa: ¡no se ve absolutamente nada!

Y sin embargo esta niebla tiene algo profundamente simbólico. En el Camino como en la vida, a menudo avanzas sin ver bien hacia dónde vas. Te basta con distinguir la siguiente flecha amarilla. El resto, por alguna misteriosa razón, llega después.

Tras seis kilómetros de ascenso bajo una llovizna que cala, esa lluvia vasca que técnicamente no cae sino que te persigue, llego al primer refugio. Será el hambre, el cansancio o una ligera alteración mental a causa del desnivel, pero allí me como la que me pareció la mejor tortilla del mundo, al menos hasta ese momento.

En ciertas situaciones la frontera entre la gastronomía y la teología se vuelve muy fina. Creo sinceramente convencido que Dios también se manifiesta a través de las patatas, los huevos y el aceite de oliva español.

Todavía en el refugio oigo a la gente hablar en voz baja de un peregrino coreano que poco antes se sintió mal en el camino y se desplomó en el suelo. Más tarde me entero de que ha fallecido.

Y entonces pienso: «*Empezamos bien. Michele, ¡procura no acabar igual!»,* porque llegar antes al cielo que a Santiago no era precisamente lo que tenía en mente.

Enseguida me doy cuenta de que el Camino no es un paseo folclórico con mochila y concha, sino un lugar donde la vida, el cansancio, la fragilidad e incluso la muerte caminan todas juntas, a menudo a pocos metros de distancia.

Durante el recorrido me encuentro con dos mujeres inglesas muy simpáticas y habladoras: Rachel y Susanne. Se nota que se conocen desde hace años. La una termina las frases de la otra, discuten sobre cualquier asunto con aparente seriedad y luego se echan a reír por razones que a menudo se les escapan a quienes no son británicos.

A los pocos minutos ya estamos charlando como viejos amigos, aunque yo sigo fingiendo entender su acento y ellas el mío.

De Camino a Santiago ocurre un fenómeno extrañísimo, una especie de milagro social: personas que en la vida normal ni siquiera dirían su código postal, después de media hora de subida comparten divorcios, miedos, crisis existenciales, enfermedades, problemas con el padre, sueños incumplidos y, en ocasiones, hasta detalles intestinales que nadie había pedido.

Quizá porque cuando caminas durante horas, sin pantallas y sin tener que fingir continuamente que estás perfectamente, las defensas bajan por sí solas.

También hablo con Thomas, un esloveno que está haciendo el Camino junto con su esposa, su cuñado y su

suegro para honrar la memoria de su suegra, fallecida pocos meses antes y cuyo deseo era realizarlo.

Mientras cuenta su historia no hay tristeza en sus palabras, sino que percibo una forma de cariño obstinado que persiste incluso después de la muerte.

Algunos caminan para buscar algo, otros para dar las gracias, y otros, por su parte, para llevar consigo a quienes ya no pueden caminar.

Y de repente comprendes que en las mochilas no solo hay botellas de agua y ropa técnica: hay duelos, amores, miedos, cansancios y esperanzas.

Después de superar los primeros quince kilómetros y llegar por fin a la cima, a más de 1400 metros de altitud, me encuentro prácticamente por encima de las nubes. El cielo es ahora de un azul casi irreal, las montañas alrededor están verdísimas, y debajo nosotros se extiende un manto blanco de nubes que parece el suelo mullido de un mundo suspendido en el aire. Durante unos minutos nadie habla realmente: los peregrinos nos limitamos a contemplar tanta belleza.

Entonces, una joven pareja inglesa exclama en voz alta exactamente lo que todos estamos pensando en realidad: *«This is what we came for! », «¡Esto es para lo que hemos venido!»*

Y tienen razón. Porque en ciertos momentos el Camino deja de ser esfuerzo, sudor y subidas asesinas y se convierte de repente en algo mucho más simple: estar allí, sobre las nubes, con la rarísima sensación de encontrarse exactamente en el lugar adecuado.

La última parte de la etapa la hago junto a Alyson, canadiense.

De camino hacia el valle sigo señalándole las retamas que crecen al borde del sendero con el entusiasmo de un profesor suplente de literatura italiana durante una excursión escolar.

«Mira qué maravilla», le digo. *«¡Las retamas! Un poeta italiano, Leopardi, le dedicó un poema precioso a esta planta. Símbolo de la dignidad humana frente a la naturaleza, de la solidaridad entre las personas, de la fragilidad de la existencia...*

Ella observa el arbusto durante unos segundos y entonces, con la serenidad científica de quien destruye un momento poético sin el menor esfuerzo, me responde:

«¿Ah, sí? En Canadá por el contrario se considera una planta invasora».

La imagen de las retamas del Vesubio se rompe en mil pedazos ante mis ojos como el cristal de una ventana golpeado por un balón.

Y así, en cuestión de cinco segundos, Leopardi pasa de lo infinito a la limpieza ambiental.

Después de unos minutos de marcha ya tenemos confianza y me cuenta con resignación y cierta serenidad, que el día antes de partir el médico le comunicó que a causa de un glaucoma en el plazo de unos años acabará perdiendo la vista.

Siento ganas de abrazarla y consolarla.

Es increíble cómo dos desconocidos, con la mochila a la espalda y la respiración entrecortada, pueden llegar a ser durante un tramo del camino casi necesarios el uno para el otro. Me convenzo de que, en el fondo, todos llevamos una mochila invisible además de la de la espalda. Y cuando encuentras a alguien que está recorriendo tu misma senda, resulta natural compartir una parte de ese peso. No siempre

para buscar soluciones. Muchas veces basta simplemente con saber que alguien te escucha.

Al fin y al cabo, el Camino no son solo sus 779 kilómetros, sino que son, sobre todo, las personas con sus historias, sus fragilidades y las razones, a menudo calladas o apenas insinuadas con pudor, que las han puesto en marcha. Y puedo asegurar que casi todos con los que te encuentras aquí son mucho más profundos de lo que parecen durante los primeros cinco minutos.

Están marcados por la vida o simplemente son portadores de sus propias debilidades, pero son mucho más humanos de lo que el mundo moderno me ha permitido ver y experimentar.

Después de nueve horas trepando por los Pirineos, Roncesvalles aparece de repente en medio de una naturaleza exuberante, como una visión concedida a los supervivientes.

Aquí murió el caballero Roldán luchando heroicamente contra enemigos infinitamente superiores. Yo, en cambio, estoy luchando contra dolores musculares, una rodilla sospechosa y una espalda que me recuerda que existe. Cada época tiene sus héroes.

Nos reciben los hospitaleros, todos holandeses. Una señora amabilísima me explica que pertenecen a la Orden de Santiago de los Países Bajos y que vienen aquí para servir a los peregrinos.

Me impresiona la naturalidad con la que pronuncia esa palabra: servir. En el lenguaje moderno ha desaparecido casi por completo, sustituida por términos mucho más elegantes como *performance*, eficiencia, liderazgo o *networking*. Y sin embargo, estas personas han atravesado Europa para dedicar varias semanas de su vida a ayudar a perfectos desconocidos.

En un mundo que tiende a premiar la velocidad, el egoísmo y la competencia por puro beneficio económico, encontrar a gente que dedica su tiempo a acoger a caminantes tiene algo casi revolucionario.

Rachel y Susanne, que han llegado antes que yo, incluso me han reservado una cama. Me sorprende gratamente que en el Camino personas desconocidas cuiden de ti con una naturalidad que en la vida cotidiana haría pensar inmediatamente en una estafa.

Duermo en una habitación grande con veintiocho personas que, a juzgar por sus rostros, parecen unidas por un mismo pensamiento:

«Esperemos que nadie ronque, apeste o encienda la luz a las tres de la madrugada buscando sus calcetines».

Y, sobre todo, espero no ser yo quien ronque, apeste o busque los calcetines.

La ducha resulta ser una experiencia casi espiritual. Quizá la mejor de mi vida reciente. Después de determinadas jornadas, el agua caliente ya no es higiene: es misericordia divina líquida.

Los peregrinos vamos a cenar todos juntos alrededor de mesas redondas, dando vida a una pequeña comunidad provisional. Mañana quizá muchos desaparecerán en el Camino, unos delante otros detrás, y quizá no vuelva a verlos nunca más. Pero esta noche estamos aquí, en Roncesvalles, vivos, cansados, limpios del barro acumulado por el camino, e increíblemente felices de estar aquí.

Todavía me parece irreal, y casi como para darme ánimos ante los más de 740 kilómetros que faltan, me repito: *«¡Un paso tras otro, Michele!»*

Que no es solo una forma de caminar. Es también una manera de sobrevivir a las cuestas y quizá, en el fondo, también a la vida.



En los Pirineos hacia Roncesvalles, por encima de las nubes... *«¡ Esto es para lo que hemos venido!»*

Lunes 27 de abril: «Ante la duda, yo como»

A las seis de la mañana, de repente y con la delicadeza de un carro de combate, un hospitalero enciende todas las luces del dormitorio. Ni un buenos días, ni un despertar tierno y afectuoso para los peregrinos cansados; solo la certeza de que de ahora en adelante no eres tú quien decide cuándo despertarte.

La noche, por lo demás, ya ha sido una experiencia más que suficiente. Encima de mí, en la litera superior, ha dormido, o quizá ha luchado contra sus propios demonios interiores, un japonés de edad indescifrable: podría tener dieciocho años como treinta y ocho, o incluso ser inmortal.

Amable y silencioso estando despierto, pero durante el sueño capaz de transformar la cama en una zona de fuerte intensidad sísmica. Cada movimiento producía ondas de choque que recorrían la estructura metálica hasta mis vértebras. A esto se sumaban los ronquidos y las flatulencias, en una sinfonía nocturna que alternaba instrumentos de viento y percusión con un sorprendente rigor rítmico.

Con el pudor de quien teme conocer la verdad, les pregunté a Rachel y Susanne si yo también había roncado. Me

miraron con esa compasión reservada a los culpables inconscientes y respondieron: *«Of course!», «¡Por supuesto!»*

Y así, en apenas unos segundos, se derrumbó la última defensa de mi ego. En el Camino uno descubre pronto que nadie es el héroe de su propia narrativa nocturna.

Nos preparamos para partir. Después del puerto de Roncesvalles, todo parece más sencillo. Cuando se supera una cuesta de verdad, hasta la vida parece razonable durante algunos kilómetros.

De repente oigo que alguien me llama por mi nombre. Es Simone, el chico que la noche anterior se sentó el último en nuestra mesa durante la cena. Habló poco, con la cara seria y cansada. Pero por la mañana lo encuentro completamente transformado: sonrisa amplia, ojos llenos de vida, paso ligero. El Camino también obra estos pequeños milagros: por la tarde destruye, por la mañana restablece.

Continuamos alegremente hasta que nos paramos para tomar un café y una tortilla, una elección que al principio del Camino me parece bastante discutible para las primeras horas del día, pero aceptable según el derecho consuetudinario del peregrino. Poco después se acercan

Annamaria y Lucia, de Nápoles, y Giuseppe, que lleva años viviendo en Roma.

Seguimos juntos.

Giuseppe ya ha recorrido el Camino Portugués y el Inglés hasta Finisterre.

Me cuenta de paisajes extraordinarios, amistades que nacen en pocas horas y coincidencias que parecen sacadas de una novela. Yo lo escucho fascinado, aunque en ese momento mi horizonte espiritual es bastante limitado: conseguir llegar a la siguiente etapa sin requerir la intervención de un helicóptero.

Se forma así un grupo espontáneo, como ocurre raramente en la vida cotidiana y continuamente en el Camino: personas que en otro lugar quizá nunca se habrían cruzado, unidas allí por unos zapatos polvorientos y una meta común.

Caminamos por un verdeante País Vasco, entre senderos unas veces anchos, otras angostos, que se abren paso entre bosques, prados y colinas. El aire huele a hierba mojada y a tierra. Hablamos largo y tendido, acompañados por el

sonido de nuestros pasos y por ese silencio reconfortante que no necesita llenarse continuamente de palabras.

Luego la conversación alcanza inevitablemente su punto culminante: la cena del peregrino de la noche anterior. La pasta, por utilizar un eufemismo, estaba muy lejos de la noble tradición mediterránea. Pero el hambre, ya se sabe, es la mejor cocinera del mundo.

Confieso entonces que al no fiarme del menú del peregrino yo como precaución ya había comido antes en un bar: croquetas de jamón, boquerones y calamares fritos. Una estrategia preventiva que despertó casi respeto entre mis compañeros de camino.

Fue entonces cuando Simone declaró solemnemente que aun estado dubitativo y receloso ante aquel plato de pasta de consistencia jurídicamente indefinible, se dijo:

«Ante la duda, yo como».

Y en esas cinco palabras tal vez haya toda una filosofía. No solo del Camino, sino de la existencia misma. Ante la incertidumbre algunos dudan, otros reflexionan, otros huyen. Y luego están los que como Simone consideran la duda no un obstáculo, sino un *antipasto*.

Continuamos hasta Zubiri, cuyo nombre en euskera significa «pueblo del puente». Después de una larga jornada de camino, sin embargo, el puente pasa casi a un segundo plano: lo que el peregrino busca realmente es una cama, una ducha y la reconfortante perspectiva de no tener que caminar durante unas horas.

En el Camino existen pocas alegrías tan puras e inmediatas como oír decir: *«Sí, hay cama»*. Ninguna poesía supera en ciertos momentos la disponibilidad de un colchón.

El albergue que nos acoge es espartano pero digno, una categoría arquitectónica típica de la peregrinación: paredes finas, camas que crujen con sinceridad y baños en los que el agua pasa sin previo aviso de glacial a infernal, transformando cada ducha en una experiencia penitencial extrema que expía de golpe todos los pecados.

Annamaria y Lucia, sin embargo, ya han reservado prudentemente en otro lugar. Son mujeres previsoras, una cualidad que distingue a los sabios de los improvisadores. Giuseppe, Simone y yo en cambio pertenecemos a la escuela del «ya veremos qué pasa», un enfoque científicamente discutible pero estadísticamente eficaz, a medio camino entre la confianza en la Providencia y una inconsciencia penalmente relevante.

Antes de cenar salgo a comprar a la farmacia un poco de vaselina para aliviar las zonas enrojecidas por el roce en la piel. Todos me habían advertido de las ampollas, pero nadie de la irritación de la piel. Después de solo dos días de viaje descubro que el peregrino contemporáneo casi nunca habla de fe, filosofía, arte o ética, sino exclusivamente de pies, tendinitis, calcetines técnicos, pomadas y tiritas: el Camino es probablemente el único lugar del mundo en el que tus compañeros de viaje pueden observarte los pies con la concentración y la profesionalidad de un equipo médico.

En la farmacia encuentro una fila silenciosa de peregrinos cojeando que parecen supervivientes de guerra. Cada uno muestra su propia herida con el orgullo de un veterano. Un alemán describe una ampolla tan grande como una moneda de dos euros, mientras que un australiano sube el pie al mostrador con una naturalidad que habría traumatizado a cualquier cliente normal.

La farmacéutica, por su parte, trabaja con la calma experta de quien a estas alturas ya ha visto de todo: infecciones, dramas podológicos, crisis existenciales y probablemente también alguna amputación simbólica.

La cena está prevista para las seis de la tarde en el único restaurante abierto del pueblo, ya que a las siete y media un taxi vendrá a recoger a nuestras dos amigas. Para mí, que

llevo treinta y tres años viviendo en Bélgica, las seis representan un horario perfectamente normal, casi institucional. En ciertos lugares del norte de Europa, si a esa hora todavía no has cenado, tu familia empieza a pensar que has desaparecido.

Para mis nuevos amigos italianos, en cambio, ese horario tiene el sabor de una medida cautelar. Giuseppe observa fijamente el reloj como si mirara una sentencia injusta. En su interior todavía es probablemente la hora del aperitivo.

Tenemos que esperar un buen rato porque para tomar nota y servir solo hay una pobre chica frente a unos cuarenta peregrinos cansados, sudorosos y hambrientos, con una mirada cada vez menos cristiana y poco acorde con la espiritualidad y la predisposición que dicta el Camino.

Cuando finalmente llega el pan, lo devoramos con tal velocidad que cualquiera pensaría que ninguno de nosotros ha visto carbohidratos en siglos.

La camarera nos pregunta si queremos el menú del peregrino con un tono que deja entrever que se trata de una elección moral. Ninguno se atreve a pedir otra cosa. El menú del peregrino no se rechaza. Es una especie de sacramento laico.

Cuando Annamaria y Lucia se marchan, se sientan a nuestra mesa tres mujeres brasileñas que Giuseppe conoció el día anterior.

Las observo con la seguridad de quien está a punto de equivocarse.

Por su aspecto me parecen una abuela, una madre y una hija: tres generaciones, tres sonrisas y tres rostros unidos por algo que yo imaginaba que era la sangre y que en realidad era solo el azar.

Dirigiéndome a la más joven, que descubro que tiene veintidós años y una belleza luminosa, exclamo con entusiasmo inocente e irreflexivo:

«¡Qué bonito que hayáis venido las tres: abuela, madre e hija!»

Sigue un silencio inmediato, de esos que llegan sin hacer ruido, pero que causan daños enormes.

La chica me mira. La mujer a la que probablemente debido a sus canas he ascendido al rango de abuela me observa mejor. Entonces llega la respuesta:

«¿Pero qué abuela? ¡Es amiga de mi madre!»

Deseo desaparecer. No metafóricamente: desaparecer de verdad, disolverme en el aire como polvo en el sendero.

Hay errores que se pueden corregir mientras que otros requieren una nueva identidad y el traslado a otro continente.

Giuseppe y Simone, en vez de ayudarme, bajan lentamente la mirada hacia el plato, fingiendo de repente un interés científico por las patatas fritas. Me dejan solo frente a una metedura de pata horrible e imperdonable.

Intento esbozar una sonrisa diplomática, pero mi rostro ya me delata. Descubro así que el Camino forja el alma, fortalece el cuerpo y, ocasionalmente, destruye la reputación personal e intelectual en menos de diez segundos.

Desde ese momento hablo poco y como mucho. Después de todo, cuando pierdes la dignidad al menos todavía puedes pedir postre, siempre además rigurosamente incluido en el menú del peregrino.

Martes 28 de abril: rumbo a Pamplona, peregrinos de cuatro estrellas

Nos despertamos temprano mientras en la cocina los peregrinos asiáticos ya están preparando unos fideos humeantes. Admiro sinceramente a quienes son capaces de cocinar algo elaborado antes de las siete de la mañana. Yo a esa hora todavía estoy intentando recordar mi nombre y mi ubicación geográfica.

Nos reunimos de nuevo todos en la panadería de Zubiri delante de un capuchino y un cruasán, con esa convicción ingenua típica de los peregrinos de la mañana: hoy llegamos tranquilos a Pamplona.

Las panaderías a lo largo del Camino son mucho más que simples hornos. Para el peregrino representan una especie de servicio de urgencias espiritual: lugares donde se recuperan calorías, el optimismo y la confianza en las propias capacidades motoras, porque además el aroma del pan recién horneado posee propiedades terapéuticas.

Naturalmente, nadie tiene todavía en cuenta el cansancio, las cuestas o el peso de la mochila, que aumenta misteriosamente cada día como si durante la noche alguien metiera ladrillos dentro.

El recorrido es magnífico. Atravesamos bosques de hayas y robles, acompañados por el murmullo del agua que fluye entre ríos y arroyos que parecen de postal y caballos elegantísimos de torneo hípico. Vacas apacibles y cabras nos observan en silencio con esa mirada antigua y ligeramente reprobatoria que los animales reservan a los seres humanos cuando emprenden hazañas difíciles sin una razón evidente. Nosotros, en cambio, estamos contentos. Después de apenas unos días de Camino se desarrolla una forma particular de euforia colectiva: se duerme mal, se camina demasiado, se tienen dolores por todas partes... y, sin embargo, se es feliz.

Yo, naturalmente, entro rápidamente en mi fase de «niño en excursión escolar». Me detengo y le pregunto a cualquiera con entusiasmo patológico: *«Where are you from? »*, *«¿De dónde eres? »*

Literalmente de todas partes del mundo: Australia, Brasil, Canadá, Alemania, pero lo que más me llama la atención es la impresionante cantidad de asiáticos. Durante horas sigo pensando:

«¿Pero cuántos hay en el Camino?»

Luego, poco a poco me doy cuenta de que casi todos son surcoreanos. Y empiezo a preguntarme por qué.

¿Existe acaso algún gigantesco acuerdo secreto entre Seúl y Santiago de Compostela? ¿Una excursión escolar nacional? ¿Un plan de expansión espiritual coreano?

Descubriré más tarde que la explicación es mucho menos conspiranoica; en Corea del Sur el Camino se ha convertido casi en un fenómeno cultural. Libros, documentales, programas de televisión y una fuerte tradición de búsqueda interior han convertido a Santiago en un destino muy conocido.

Atravesamos pueblos espléndidos donde todo peregrino cumple siempre el mismo ritual: entrar «solo para tomar un café» y salir —al menos yo— cuarenta minutos después con tortilla, zumo de naranja, pan con tomate y el sello en la credencial.

Cuando finalmente llegamos a Pamplona, nos hacemos inmediatamente las fotos de rigor, como auténticos profesionales de la peregrinación internacional: bastones bien visibles, físicamente destrozados pero, naturalmente, con una sonrisa de supervivientes.

Pamplona no me es del todo nueva. Ya la había visitado años atrás y me la vuelvo a encontrar exactamente como la recordaba: llena de vida, alegre, elegante sin ser pretenciosa. Me impresiona una vez más la Plaza Consistorial, presidida por el espléndido Ayuntamiento, con su fachada barroca ricamente ornamentada, los balcones de hierro forjado y las banderas ondeando sobre la entrada. Es uno de esos edificios que consiguen ser solemnes sin resultar fríos.

Dicho esto, después de tres días de Camino, debo admitir que mi atención se ve atraída sobre todo por la insólita concentración de centros de masajes para peregrinos. Evidentemente alguien en Pamplona ha entendido que, después de veinte o treinta kilómetros a pie, un cartel que diga «masaje de pies» ejerce sobre el peregrino medio una atracción incluso mayor que la de un monumento histórico del siglo XVII.

El destino decide entonces recompensarnos. Encuentro una oferta espectacular en Booking y Simone y yo compartimos una habitación en un hotel de cuatro estrellas.

Entramos en el vestíbulo arrastrando las mochilas, vestidos como peregrinos medievales pobres y maltrechos: botas embarradas, sombreros empapados de sudor, bastones de trekking, una mezcla de cansancio, sol y dignidad comprometida.

Delante de nosotros, unos turistas elegantísimos hacen el check-in hablando en voz baja.

Nosotros, en cambio, parecemos dos supervivientes de una catástrofe natural.

Todavía recuerdo el contraste entre el sofisticado perfume de la recepción y el que flotaba a nuestro alrededor, una fragancia que podríamos definir como *«Eau de Camino Intense»*.

La recepcionista, con una profesionalidad conmovedora y seguramente acostumbrada a ver y callar, ni pestañeó.

Entramos en la habitación y allí se produce el milagro: la bañera, blanca, inmensa y reluciente ante mis ojos.

Después de la ducha compartida del último albergue, con botones misteriosos y agua que pasaba de la congelación criogénica a la erupción volcánica sin previo aviso, aquella bañera me pareció un regalo de Dios.

Me abalancé sobre ella con el entusiasmo de un hipopótamo migratorio.

Permanecí sumergido casi dos horas. En cierto momento creo que me quedé dormido. Si Simone no hubiera venido a comprobar si seguía vivo, probablemente me habrían encontrado al día siguiente todavía allí, transformado en una especie de peregrino hervido.

Después de llevar la ropa a una lavandería automática, por la tarde-noche nos reunimos en el centro con Annamaria, Lucia y Giuseppe y decidimos celebrar dignamente la jornada con el celebérrimo chuletón, el filetón español.

Y también allí surgen inmediatamente dos filosofías de vida incompatibles.

Por un lado, Lucia y Giuseppe: *«Muy hecho"*. Por otro, Annamaria, Simone y yo: *«Poco hecho"*.

Prácticamente dos civilizaciones que se miran sin comprenderse. Pero el Camino enseña tolerancia, también gastronómica.

Cerramos la velada tomando una cerveza. Giuseppe se despide de nosotros porque al día siguiente continuará solo otra etapa más del Camino.

Y así los caminos se separan de nuevo, con esa naturalidad que solo enseña el Camino: todo intenso, nada definitivo.



Juntos en Pamplona: cansados pero felices

Miércoles 29 de abril: Buda y el «paso merienda»

Nos despertamos al amanecer o, mejor dicho, mi cuerpo se despierta mientras que mi cerebro no quiere saber nada de ponerse en funcionamiento. El objetivo es salir temprano, como los peregrinos serios. Esos disciplinados, espirituales y, a ser posible, ya aseados.

La realidad es que Simone y yo nos arrastramos hacia una panadería con la mirada de dos supervivientes de las guerras napoleónicas, persiguiendo un capuchino y azúcares simples como única forma posible de salvación humana.

Dejamos Pamplona todavía dormida, elegante e inconsciente de que dos hombres con ruidosos bastones de senderismo están intentando cruzar Navarra a pie por razones que ni ellos mismos comprenden todavía del todo.

Pasamos por delante de la Universidad de Navarra y yo aminoro el ritmo de inmediato.

Las universidades ejercen sobre mí un efecto inexplicable: podría pasarme horas leyendo los tablones con anuncios del tipo «Seminario sobre los derechos y deberes del peregrino entre los siglos XII y XIII».

Simone, ya habituado a mis derivas académicas, me devuelve a la realidad con la paciencia de un adiestrador canino.

Recogemos el consabido sello, ya un gesto ritual que llevamos a cabo con la seriedad de unos funcionarios vaticanos sellando indulgencias. Reanudamos la marcha al célebre «paso merienda», una categoría filosófica repetida más de una vez por Simone: un ritmo lento pero constante, organizado en torno a la posibilidad concreta de comer dentro de los siguientes cuarenta y cinco minutos.

La Navarra que tenemos delante es magnífica. Avanzamos por senderos perfectos, en medio de mil tonalidades de verde: ¡qué bello es el trigo cuando está verde! Una naturaleza tan exuberante que durante unos minutos me olvido hasta del peso de la mochila.

Pero entonces la mochila me lo recuerda.

Nuestra primera parada es San Miguel, una iglesia diminuta, silenciosa y recogida.

De esas que te invitan espontáneamente a reflexionar sobre la vida, el paso del tiempo y la espiritualidad o,

simplemente, a sentarte cinco minutos fingiendo que se trata de contemplación mística y no de puro cansancio.

La subida hacia Alto del Perdón es larga, ventosa y pedagógica, en el sentido de que enseña humildad.

El viento nos golpea con tal violencia que en cierto momento dejo de caminar y empiezo simplemente a negociar con la atmósfera.

A nuestro alrededor, peregrinos de todas las nacionalidades avanzan encorvados como extras de un documental extremo de la BBC.

Pero cuando llegamos a la cima ocurre algo difícil de explicar.

El panorama es inmenso. El cielo parece más grande de lo normal. El silencio tiene un peso específico diferente.

Yo sonrío como un idiota contemplativo. Simone, en cambio, unos metros por delante de mí, se emociona.

Y es entonces cuando comprendes que el Camino posee esa capacidad un tanto desleal de abrir cajones interiores

que llevabas años manteniendo cerrados, ocultos bajo capas de trabajo, pequeños traumas y preocupaciones.

Naturalmente, justo después de este elevadísimo momento espiritual, hacemos al menos treinta fotos del monumento al peregrino buscando el ángulo heroico que esconda nuestras caras devastadas por el cansancio.

La vanidad sobrevive a todo. Incluso cuando has atravesado las colinas suaves de Navarra, pero por tu cara parece que Navarra te ha atravesado a ti.

Poco después, no muy lejos, al otro lado de la carretera y casi oculto a los peregrinos, reparo en un memorial dedicado a las víctimas de la Guerra Civil española: noventa y dos nombres.

El más joven tenía diecisiete años. Dios mío, diecisiete años. ¡Podría haber sido mi hijo!

Y de repente, todo cambia de tono. Incluso el viento parece distinto.

Durante unos minutos permanezco en silencio.

El Camino también hace eso: te lleva de la despreocupación al recuerdo doloroso sin avisarte.

Reanudamos la marcha algo más cansados y quizá también un poco más conscientes de la historia de esta tierra.

Poco a poco la vida vuelve a fluir. Los prados recuperan su verdor, de repente reaparecen los monasterios románicos y, sobre todo, regresa la pregunta fundamental que une a todos los peregrinos del planeta:

«¿Cuánto crees que falta para el próximo bar?»

Llegamos a Puente la Reina bajo una llovizna fina, de esas que en realidad no llegan a mojar pero que te convencen de que estás dentro de una película de autor española.

Entramos en el albergue y nos recibe una gigantesca estatua de... Buda. Y es aquí cuando el Camino decide definitivamente no tener ninguna coherencia narrativa.

Durante días te encuentras con cruces, monasterios, citas de santos, peregrinos místicos y oraciones medievales.

Finalmente llegas exhausto al albergue y te encuentras de repente frente a la iluminación zen. ¡En fin!

Quizá sea un mensaje universal de paz, o quizá el propietario hizo un viaje a Bali y nunca volvió a ser el mismo.

En cualquier caso, después de más de veinte kilómetros caminando, mis amigos y yo desarrollamos una espiritualidad extraordinariamente inclusiva: cualquier religión que garantice una cama, una ducha y a ser posible una lavadora, obtiene inmediatamente todo nuestro respeto teológico.



El Alto del Perdón

Jueves 30 de abril: entre la cebada y el trigo, iglesias, coreanos y ropa tendida

Despertar tardío el de hoy, de esos un poco culpables pero inevitables después de una noche de insomnio. El cuerpo pasa factura y el Camino, que también enseña disciplina, de vez en cuando te recuerda que eres humano.

La jornada, sin embargo, comienza bien, o mejor dicho, muy bien: con un desayuno en un bar del centro de Puente la Reina. De esos sencillos y sabrosos, con el ruido de fondo justo, algún peregrino adormilado y esa atmósfera suspendida entre lo sagrado y lo cotidiano que solo el Camino de Santiago sabe crear.

Y entonces llega el comentario jocoso y desarmante, por parte de un cliente del bar:

«¿No tenías suficientes iglesias que visitar en Italia?»

Efectivamente, dicho así, la decisión de atravesar media Europa para ver otras iglesias podría parecer discutible. Pero aquí no se trata de «otras iglesias».

Aquí cada iglesia forma parte del paisaje, casi como una prolongación natural de las colinas.

Porque Navarra es eso: una sucesión de verdes. No un único verde, sino una escala cromática que se intensifica paso a paso, como si alguien estuviera aumentando lentamente la saturación del mundo.

Al principio ni siquiera logro entender de dónde viene toda aquella variedad de tonalidades. Me limito a mirar el paisaje y pensar que es extraordinariamente hermoso. La explicación me la da unos kilómetros más adelante una señora italiana que regenta un pequeño bar junto al Camino.

Está casada con un español al que conoció precisamente durante una peregrinación previa y recibe a los caminantes con esa amabilidad sencilla que parece ser una de las especialidades locales.

Cuando entro, instintivamente le hablo de usted. Ella me responde tuteándome y casi se disculpa:

«En el Camino todos somos peregrinos. Aquí nos tratamos de tú».

Es una frase sencilla y justo por eso me impresiona.

Es ella quien me señala los campos que se extienden a nuestro alrededor. Me explica que el trigo tiene un verde más oscuro, mientras que la cebada presenta tonalidades más claras. Desde ese momento soy incapaz de dejar de fijarme en ello.

Y no solo está el verde. Aquí y allá aparecen manchas amarillas de la colza en flor, tan intensas que parecen iluminadas desde el interior, y amapolas rojas que salpican los bordes de los campos como pinceladas trazadas por un pintor impresionista. Mecidos por el viento, el verde del trigo, el verde más claro de la cebada, el amarillo de la colza y el rojo de las amapolas se persiguen y se mezclan en un paisaje que cambia de aspecto con cada ráfaga.

Atravesamos pueblos, uno tras otro. Todos diferentes, todos iguales.

Todos con su iglesia —románica, sobria y perfectamente integrada en el entorno— y todos con esa sensación de armonía que no se puede planificar en un despacho.

Hay un momento en el que incluso dejas de comparar: ya no buscas «el más bonito», porque cada pueblo ya ha ganado. Y entonces, de pronto, ellos: tantos peregrinos procedentes de todos los rincones del mundo.

Y así te ves allí, en un pequeño pueblo de Navarra rodeado de idiomas que no entiendes, pero con una intención que reconoces perfectamente.

Cada uno camina por razones propias y lleva un peso diferente.

Cada uno busca algo o intenta dejar algo atrás.

Y tú, en medio de todo ello, comprendes que quizá la broma de aquella mañana tenía razón solo a medias. No estás allí para ver otras iglesias. Estás allí para recorrer, junto a completos desconocidos, un tramo de camino que, por alguna razón difícil de explicar, termina pareciéndose a ti.

Y justo cuando las piernas empiezan a hacerse notar y la cabeza se vacía de pensamientos inútiles, aparece por fin Estella.

Un pueblecito encantador, de los que no necesitan presentación. Se revela poco a poco entre piedras, puentes y rincones que parecen diseñados por un arquitecto especialmente inspirado, pero que en realidad son simplemente el resultado de varios siglos de historia bien conservada. Tiene una elegancia natural no forzada, como si la belleza aquí fuera la norma.

El río Ega atraviesa la ciudad con calma, los viejos puentes de piedra unen barrios que parecen sacados de un libro ilustrado sobre la Edad Media, y por todas partes hay iglesias, palacios nobiliarios y fachadas antiguas. La iglesia de San Pedro de la Rúa domina desde lo alto con su célebre escalinata monumental, que provoca en cada peregrino exactamente el mismo pensamiento:

«¿De verdad tengo que subir también esto?»

Un poco más adelante, el Palacio de los Reyes de Navarra exhibe con orgullo su elegante fachada románica, mientras que yo muestro con el mismo orgullo los primeros signos evidentes de cansancio.

Durante unos minutos consigo incluso comportarme como un turista culto e interesado por el patrimonio histórico.

Luego veo un bar, una silla libre y un menú del peregrino y cada uno vuelve naturalmente a sus prioridades.

Annamaria, Lucia y yo compartimos un apartamento en pleno centro del pueblo, y enseguida nos ponemos a lavar la ropa y a tenderla con bastante incomodidad en el balcón, y es como volver a ver aquellas fotografías de ropa tendida entre los balcones de los callejones de Nápoles.

Volvemos a encontrarnos más tarde con Simone y descansamos en la plaza del pueblo, entremezclados y felices entre peregrinos y gente del lugar.

Viernes 1 de mayo: agua, vino y el holandés que encontró el amor (y un bar) en el Camino

Dejar Estella por la mañana tiene algo de solemne, casi teatral. Como toda partida que se precie, esta también va acompañada de pequeños rituales: recoger la ropa tendida con confianza en el balcón el día anterior y cerrar la mochila con esa vaga sensación de haber olvidado algo que, como se descubrirá más tarde, no era tan esencial.

La ducha es doble. No por lujo, sino por necesidad existencial: la primera para lavarse; la segunda para convencerse de estar realmente despierto. Y mientras el peregrino medio ya lleva horas en camino, yo logro perderme a los pocos pasos. Un talento natural.

Mis amigos ya se han marchado. Se han hecho casi las nueve cuando aterrizo en una panadería en la que pido con entusiasmo, tal vez excesivo, una cantidad de comida suficiente para por lo menos dos personas, hasta el punto que la dependienta, con una mirada entre curiosidad y compasión, me pregunta dónde está mi amigo...

No tengo el coraje de decirle que simplemente estoy adelantando las necesidades calóricas de toda la jornada. Así que le dejo creer en la existencia de un compañero invisible.

Vuelvo a ponerme en marcha, yo y mi amigo fantasma.

Llego a la célebre Fuente del Vino, al lado del antiguo monasterio de Irache, un complejo benedictino cuyos orígenes se remontan a hace casi mil años y que desde hace siglos ofrece cobijo a los caminantes que se dirigen a Santiago.

A la izquierda, vino. A la derecha, agua. Parece más una elección existencial que logística. Al fin y al cabo no todos los días se encuentra una fuente que ofrece gratuitamente ambas opciones. Desde hace años los peregrinos se detienen aquí para fotografiarla, brindar, llenar la cantimplora y contar a sus amigos que han encontrado el único lugar del mundo donde el vino brota directamente de una pared.

El vino, faltaría más, merece todo mi respeto. Además tiene la ventaja de ser probablemente la única bebida capaz de transformar a un peregrino cansado en un filósofo improvisado. Pero es por la mañana y decido mantener una apariencia de respetabilidad al menos hasta el mediodía. Así que dejo el vino para los peregrinos más valientes o menos prudentes. En el Camino, la diferencia entre ambas categorías no siempre está del todo clara.

El agua, en cambio, está fresquísima. De esa que consigue reconciliarte con el mundo con un solo sorbo. Te hace pensar que sí, que quizá la civilización nació precisamente alrededor de una fuente como esta. Y que, después de algunos kilómetros de subida, incluso los grandes logros de la humanidad pasan a un segundo plano frente a una cantimplora llena.



La fuente del vino

Continúo entre viñedos y silencios. Navarra se abre ante ti con esa calma elegante que te invita a bajar el ritmo, incluso cuando no tienes ninguna intención de hacerlo.

Entonces, como sucede tantas veces en el Camino, lo real se desplaza suavemente hacia lo surrealista.

Aparece un bar diminuto junto al sendero. Diminuto es quedarse corto: es casi una idea de bar. Dentro, suena música: *Take Me Home, Country Roads*. Dos estadounidenses bailan fuera como si estuvieran en Virginia Occidental. Detrás de la barra está René, holandés. Hizo el Camino hace años, conoció a Elena, se enamoró y, con esa lógica impecable que solo el amor es capaz de producir, decidió abandonar su país y su trabajo, quedarse con Elena y comprar el bar.

Es uno de esos personajes que el Camino no solo te permite conocer, sino que te entrega como prueba viviente de que existen infinitas posibilidades de cambiar de vida, siempre que uno esté dispuesto a perder un poco la cabeza.

Sigo en contacto con mis amigos, que ya van mucho más adelante, y mientras tanto, me encuentro con un peregrino danés, Oliver. Está sentado en una silla de plástico, inmóvil, sereno, majestuoso, todo dichoso bajo un árbol, con el aire de quien gobierna un reino invisible formado por campos de trigo, cebada, colza y amapolas. No sé cuánto tiempo lleva allí, pero tengo la sensación de que forma parte del paisaje. Otro personaje más.

En Los Arcos vuelvo a encontrarme con Lucia y Annamaria. Tomamos algo juntos y yo arranco de nuevo Sansol.

Ya es de noche. El Camino al anochecer tiene una belleza diferente, más íntima, más silenciosa, casi cómplice. Pero Sansol está completo. No queda disponibilidad. El peregrino aprende pronto que la poesía siempre tiene un precio práctico.

Dos niñas encantadoras me indican el camino hacia Torres del Río. Hablan un español tan musical que por un instante me olvido del cansancio.

Encuentro la última plaza disponible en un dormitorio. Para cenar me espera una sopa de garbanzos con carne: sustancia y felicidad pura. Llevo treinta y cuatro kilómetros a cuestas y me desplomo feliz en la cama sin ceremonia alguna.



Uterga: entre campos de colza, trigo y cebada

Sábado 2 de mayo: Viana, Logroño, la lluvia y los Erasmus del destino

Salida temprana, a las siete, desde Torres del Río. Primera parada obligatoria: un excelente café con leche acompañado de una deliciosa «napolitana», que así es como llaman, para mi grata sorpresa, a un bollo relleno de chocolate, la forma perfecta de comenzar el día.

Durante la etapa me encuentro con un joven peregrino coreano que, con gran amabilidad, me ofrece unas uvas. Le pregunto por qué hay tantos coreanos, incluso de edad avanzada, en el Camino de Santiago. Me responde sonriendo que quizá sea porque les encanta viajar y hacer senderismo. Una respuesta sencilla, pero que encierra todo un mundo. Descubro así que el Camino también posee una dimensión laica moderna, turística y deportiva.

Después de unos 12 kilómetros llego a Viana, donde me recibe una magnífica iglesia que custodia la tumba de César Borgia, que no consigo visitar porque desafortunadamente está cerrada por restauración. Me dirijo entonces a la oficina de turismo, que acaba de abrir: una señora amabilísima me recibe y, cuando le digo que soy italiano, se le ilumina la cara.

Me cuenta que su hija está de Erasmus en Roma y que está encantada con la ciudad, con Italia y con sus nuevos amigos de todo el mundo.

Cuando me habla del Erasmus de su hija, dentro de mí se abre una puerta. Porque en el fondo, yo también he sido y sigo siendo un Erasmus toda la vida.

No sé si todos los Erasmus serán así. Yo desde luego lo era: me fui sin un plan preciso, convencido de que el mundo era más grande que mis miedos y de que el camino encontraría la manera de explicarse por sí solo.

Gracias al programa Erasmus, a los veintidós años tuve la oportunidad de dejar el sur de Italia para irme a Bruselas. Era 1993 y la Facultad de Derecho de mi universidad todavía no había puesto en marcha el programa. Pero yo había decidido que tenía que marcharme. Así que empecé a presentarme casi todos los días en el despacho del querido profesor Spagnuolo, de la Facultad de Económicas, suplicándole con la dignidad que me quedaba como estudiante del sur en busca de Europa:

«¡Profesor, déjeme ir, se lo ruego!»

Después de días, quizá semanas, de asedio burocrático, el profesor me miró y dijo:

«Colucci, yo no podría dejarte ir porque no eres de mi facultad. ¡Pero ya me has hartado! Olvídate de Londres y Barcelona, porque allí quieren ir todos. Dos chicas estudiantes han renunciado a Bruselas. ¿Quieres ir?»

«¡Sí!»

«Perfecto. Te mando a una escuela donde se habla alemán.»

«Profesor, como si hablaran chino, ¡déjeme ir!»

Me compré inmediatamente un diccionario titulado *Yo hablo alemán*, convencido de que durante los primeros días podría arreglármelas con las tres frases de inglés que conocía: *What's your name? Where are you from? I love you., ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? Te quiero.* Un arsenal lingüístico limitado, pero emocionalmente ambicioso. Además pensaba que en Bruselas ya aprendería quizás el francés.

Todavía recuerdo el primer día, cuando me presenté en la Erasmushogeschool y conocí a la responsable del Erasmus, que me recibió con una gran sonrisa:

«¡Oh, Michele, bienvenue! Parlez-vous français ou anglais?», «¡Oh, Michele, bienvenido! ¿Habla usted francés o inglés?»,

Y yo, con una confianza suicida:

«¡English!»

Ella comenzó a hablarme en un inglés impecable. Tan impecable que no entendí absolutamente nada Y de repente me entró un dolor de cabeza tremendo. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de la tragedia humana que tenía delante y, con un admirable sentido de protección civil, me presentó de inmediato a unos estudiantes que hablaban italiano.

El programa Erasmus cambió mi vida y la de millones de estudiantes europeos. Es quizás el proyecto más hermoso y con más éxito de la Unión Europea: un milagro laico hecho de becas de estudio, amistades improbables, amores, errores gramaticales y desplazamientos que transforman para siempre la geografía interior.

Una vez Erasmus, ¡Erasmus para siempre en la mente y en el corazón!

Antes de continuar hacia la capital de La Rioja, Logroño, me concedo un desayuno memorable: una de las mejores tortillas con morcilla (un embutido a base de sangre de cerdo) que he comido jamás.

En los últimos kilómetros empieza a llover, pero la llegada al casco histórico lo recompensa todo; es precioso y me trae a la memoria una visita que hice años atrás con mi mujer. Vuelvo a encontrar el mismo e inolvidable bar de tapas: imposible resistirse. Pido cinco, a cual más sabrosa, mientras los clientes me observan como si yo, pobre peregrino, no hubiera comido en siglos.

Espero a Simone, que sigue buscando alojamiento, mientras que Annamaria y Lucia se han quedado en Viana. Después de un último café continúo solo hacia Navarrete. El pie empieza a dolerme y eso me preocupa. Sin embargo, atravieso una hermosa reserva natural hasta que, de repente, se desencadena un auténtico diluvio.

Delante de mí, un joven peregrino francés, Justin, me pregunta:

«¿Podemos caminar juntos para hacernos compañía bajo la lluvia?»

«¡Por supuesto!».

Y hay conexión inmediata. Hablamos durante horas: es arquitecto y, antes de comenzar un nuevo proyecto, decidió recorrer el Camino. Cada noche pinta una acuarela del lugar al que ha llegado. Me parece una idea maravillosa. Yo en cambio voy acumulando una colección modesta de iglesias románicas y atardeceres malamente fotografiados con el móvil. Él produce obras de arte. Cada uno vive el Camino con las herramientas que tiene.

Llegamos finalmente a Navarrete completamente empapados y nos despedimos para dirigirnos a nuestros respectivos alojamientos. Una vez dentro de la habitación compartida me doy cuenta de que llega el momento más peligroso de la jornada: subir a la litera superior sin despertar a nadie. Una operación que exige la agilidad de una cabra montesa, el equilibrio de un funambulista y una pregunta que sigue atormentándome: ¿quién fue el genio de la ingeniería que diseñó esos peldaños cilíndricos del grosor de un lápiz?

Me doy una larguísima ducha caliente y le entrego la mitad de la mochila a la señora para hacer la colada. Lleno las zapatillas de papel de periódico, técnica de peregrino, en un intento desesperado de que se sequen en una sola la noche.

Estoy agotado y casi no tengo ganas de salir a cenar después del abundante almuerzo en Logroño, pero el

hambre gana. Salgo y encuentro el bar regentado por Antonio, un italiano que lleva viviendo más de treinta años en el extranjero. Como prácticamente de todo. La conversación con él es de lo más agradable: ha recorrido media Sudamérica antes de instalarse aquí.

Y pienso que quizá el Camino se parece un poco al Erasmus: te vas para llegar a un lugar y terminas encontrándote con personas que sin darte cuenta te cambian la vida.



Entre una sonrisa y las deliciosas tapas de Logroño

Domingo 3 de mayo: La Rioja, la jubilada inglesa y el lujo absoluto de un Parador

He dormido sorprendentemente bien en la habitación compartida.

Y eso ya en el Camino es una buenísima noticia. Nadie ha roncado como un motor agrícola, nadie ha decidido preparar la mochila en mitad de la noche y, sobre todo, nadie ha encendido la luz a las cinco de la mañana con el entusiasmo de quien está convencido de que todo el dormitorio debe compartir su despertar.

Sin embargo, la jornada se anuncia complicada. Las previsiones dan tormentas a partir de la una y, después de las lecciones meteorológicas recibidas en los días anteriores, he aprendido que el cielo del Camino no hace amenazas simbólicas: cuando promete lluvia, quiere decir diluvio.

Decido, por tanto, salir temprano.

Bajo a la plaza, todavía casi desierta, envuelta en esa luz azulada del amanecer que vuelve todo más silencioso y un poco irreal. Hay unos cuantos peregrinos somnolientos, algún anciano español ya perfectamente operativo y el aroma irresistible a pan caliente que sale de las panaderías.

Ese aroma tiene algo profundamente insano para la dieta: atrae a peregrinos cansados desde cientos de metros de distancia como una sirena homérica especializada en carbohidratos.

Entro y compro un cruasán, dulces locales y probablemente una cantidad de azúcar suficiente para mantener a un pequeño ejército medieval. Luego me acerco al bar para el ya imprescindible ritual de la mañana: café con leche y, acto seguido, un espresso de verdad, porque después de varios días de viaje, la cafeína deja de ser una bebida y se convierte en una forma de asistencia espiritual.

Conozco a Toby, un alemán de veinticinco años recién graduado en Ciencias de la Educación. Tiene ese aire abierto y tranquilo de ciertos jóvenes viajeros que parecen sentirse como en casa en cualquier lugar. Comenzamos a caminar juntos casi sin decidirlo, hablando de la universidad, de futuros trabajos y de sueños todavía difusos.

Avanzamos un buen trecho por los senderos de La Rioja, inmersos en un silencio apacible, interrumpido solo por el viento y el sonido regular de nuestros pasos. En un momento dado, una señora inglesa de unos setenta años nos adelanta con paso rápido y perfectamente constante. Bajita, delgadísima, con los bastones sincronizados con una

precisión casi militar y la expresión serena de quien, evidentemente ya ha cruzado medio planeta a pie.

La dejo pasar con total tranquilidad, convencido de que la alcanzaría más adelante.

Naturalmente eso nunca sucede.

Aquella mujer desapareció lentamente en el horizonte a una velocidad humillante, dejándome una de las grandes lecciones del Camino: aquí la edad no significa absolutamente nada. Hay jubilados que afrontan cuarenta kilómetros al día sonriendo como si estuvieran paseando por el paseo marítimo, mientras que hombres mucho más jóvenes avanzan con el dramatismo físico de supervivientes napoleónicos en retirada de la Rusia helada.

Me concentro: encuentro mi ritmo y empiezo a caminar casi en automático. Curiosamente, después de un rato el cuerpo entra en una especie de trance tranquilo. Los pensamientos se ralentizan, la respiración se regula y el tiempo pierde consistencia. Me doy cuenta de haber recorrido doce kilómetros casi sin entender cómo se han pasado.

Llego así a Nájera y me detengo para tomar un café. A estas alturas, las paradas para el café y la tortilla marcan el ritmo de los días mucho más que los relojes. Sentados a una mesa, dos jóvenes alemanes con los que ya me había encontrado en los días anteriores están enfrascados en una discusión muy seria sobre la pizza y la pasta italiana.

Los escucho durante unos minutos con un creciente espíritu patriótico, invitándolos a elegir quizá una tortilla española (seguramente buena) en lugar de una pizza de sabor dudoso en tierra extranjera.

Retomo la marcha hacia Azofra atravesando los viñedos de La Rioja y me sorprende lo bajos que están, sobre todo si los comparo con los igualmente hermosos viñedos de mi Irpinia.

Durante horas el paisaje parece diseñado con una precisión extraordinaria. Hileras verdes y ordenadas, colinas suaves, viento ligero, silencio absoluto. A ratos me parece estar caminando dentro de un anuncio de un vino muy elegante, solo que con más sudor y menos dignidad estética.

Al entrar en el pueblo me convierto, sin saberlo, en protagonista de uno de los momentos más bellos y auténticos de todo el viaje.

Unos niños que juegan con el balón en la calle me ven pasar y empiezan a gritar:

«¡Buen Camino, peregrino!»

Otros se asoman enseguida a los balcones, riendo y repitiendo el mismo deseo a pleno pulmón.

Y de repente me siento feliz, rodeado de esa energía contagiosa que solo los más pequeños saben regalar.

Me detengo en el restaurante «Drive», un nombre maravillosamente irónico para un lugar frecuentado casi exclusivamente por personas que llevan días desplazándose únicamente a pie. Pido una sopa de garbanzos y carne. Y mientras como, pienso casi de forma traumática: ya va una semana entera que no como pasta.

Precisamente yo: italiano y avellinés.

Y sin embargo me siento bien. Incluso ligero. Empiezo incluso a sospechar que estoy adelgazando y, de repente, el dolor de pies me parece casi una inversión razonable.

Finalmente llego a Santo Domingo de la Calzada al caer la tarde, completamente destrozado.

No consigo encontrar una cama libre.

Recuerdo que junto a la catedral hay un Parador, uno de esos magníficos edificios históricos españoles —antiguos monasterios, castillos o palacios— transformados en hoteles de lujo. Solo con mirarlos, un peregrino se siente inmediatamente demasiado sucio y demasiado pobre para entrar.

De todos modos el Parador también está lleno. Durante unos segundos vi materializarse ante mí imágenes muy sombrías: yo, bajo un soportal, envuelto en el poncho impermeable, ocupado en comer galletas secas viendo caer la lluvia sobre las piedras antiguas.

Pero la señora de la recepción, probablemente conmovida por mi aspecto ya medio monástico, consigue encontrarme una habitación en el otro Parador de la ciudad, ubicado en el antiguo monasterio de San Francisco. Ese día ofrecen una promoción especial para los «Amigos de Paradores» y … para los peregrinos: ¡No me lo puedo creer!

Cuando entro en la habitación siento una gratitud casi conmovedora. En el Camino los estándares del lujo cambian de manera rápida. Después de días de dormitorios compartidos, botas húmedas y toallas sospechosas, una

habitación cómoda con un baño para mí solo provoca emociones cercanas al éxtasis religioso.

Me tumbo en la cama todavía vestido y permanezco inmóvil durante no sé cuánto tiempo, contemplando el techo como un náufrago recién rescatado del mar.

Y allí, por fin, el cuerpo se rinde al silencio y a la suavidad del colchón.

Estoy cansado, profundamente cansado e increíblemente feliz de estarlo, porque sigo caminando y ya sé que no me detendré.

Lunes 4 de mayo: el Camino según Noé

Me despierto con una calma casi sospechosa. Tal calma que, por un momento, pienso: ¿y si hoy no hiciera absolutamente nada? Total, podría quedarme en la cama hasta las doce, hora del check-out. Un lujo ya olvidado.

Hacia las nueve bajo a desayunar al bufé con una estrategia muy clara: comer de todo, pero sin exagerar. La estrategia fracasa en el momento en que veo los churros con chocolate. Obviamente los cojo para satisfacer mi equilibrio interior.

Vuelvo a la habitación y me vuelvo a tirar en la cama. No tengo ninguna intención de levantarme. Podría vivir así. Pero el tiempo, ingrato, corre: el mediodía llega sin pedir permiso.

Dejo la mochila en la recepción y me salgo hacia la catedral. Llueve como si alguien allá arriba hubiera recibido instrucciones precisas sobre mi itinerario. Decido comprar un paraguas. Un transeúnte, con la sabiduría del pueblo, me dice: *«Ve a los chinos. Allí encuentras de todo».* Una verdad aplicable a cualquier parte del mundo, incluido el Camino.

Voy a los chinos... cerrado. Pánico. Por un momento veo ya mi destino: convertirme en una esponja humana. Por suerte encuentro otra tienda y salvo la jornada.

Llego a la catedral: preciosa. En su interior se encuentran el famoso gallo y la gallina de la leyenda. La historia cuenta de un joven peregrino acusado injustamente de robo y condenado a la horca; cuando sus padres, desesperados, le dijeron al juez que su hijo seguía vivo de milagro, este se rio señalando el pollo asado del plato: *«Vuestro hijo está tan vivo como este gallo y esta gallina»*. En ese preciso instante, según la leyenda, el gallo y la gallina se levantaron realmente del plato y se pusieron a cantar.

No ocurre todos los días el poder visitar una iglesia con aves de corral incorporadas.

También llegan Annamaria, Lucia y Simone, completamente empapados y todavía congelados del día anterior. Es una verdadera alegría volver a verlos. Nos comemos unas últimas tapas juntos, ya que al día siguiente las chicas tienen que regresar a Nápoles, mientras que yo, disciplinado, solo me tomo un espresso (o al menos eso me cuento a mí mismo).

Las despedidas siempre representan un momento algo melancólico, pero nos separamos con la promesa de volver a vernos pronto, quizá en Italia, delante de un buen plato de pasta.

Son casi las tres cuando decido con una lucidez evidentemente discutible recorrer otros 22 kilómetros hasta Belorado. Después de los 37 kilómetros del día anterior, pienso: «Un paseo».

Sí, claro.

Se convierte en una pesadilla.

Los primeros kilómetros transcurren incluso bien, lo cual es siempre la manera favorita que tiene el Camino de engañarte antes de la tragedia. En Grañón hago una breve parada y conozco a peregrinos encantadores de Kosovo, los Países Bajos y Alemania. Personas alegres, sonrientes y relajadas. Gente que probablemente ha tomado decisiones de vida mucho más equilibradas que las mías, como quedarse allí a dormir en vez de continuar bajo el diluvio hacia el infinito.

En un momento dado, la peregrina holandesa me oye decir unas palabras en su lengua y su rostro se ilumina de

inmediato. Intento explicarle con cierta dignidad que vivo cerca de Bruselas y que hablo holandés o, mejor dicho, flamenco con acento napolitano. Se queda sorprendida y me observa como si fuera un rarísimo experimento lingüístico europeo: un hombre capaz de pronunciar frases en neerlandés con la musicalidad de alguien que está pidiendo una pizza frita en los Quartieri Spagnoli de Nápoles.

Durante algunos minutos charlamos bajo la lluvia, mezclando inglés, italiano, español y un neerlandés peculiar. Y quizá esa sea también una de las experiencias más hermosas del Camino: personas nacidas a miles de kilómetros de distancia que terminan compartiendo tapas, apósitos y fragmentos de vida a lo largo de una senda embarrada del norte de España.

Reanudo la marcha, pero pronto se hacen las nueve y ya es casi de noche. Todavía no he llegado y empiezo a sospechar que quizá aquello no era precisamente un paseo.

Hago el último kilómetro bajo un diluvio universal. Llevo días caminando y creo sinceramente que Noé me está siguiendo a una distancia de seguridad con el arca.

Llego finalmente al albergue. Me siento a la mesa cuando todos han terminado ya de cenar: una coordinación perfecta. Me sirven sopa de alubias y costillas de cerdo: en ese momento, ¡alta cocina!

En el dormitorio está el habitual roncador que ronca como un trombón, una presencia fija, ya parte integrante del Camino. Por suerte llevo tapones para los oídos.

Estoy tan cansado que no tengo ni fuerza para desvestirme.

Caigo rendido de inmediato en un sueño a ratos profundo, pero con interrupciones bruscas.

Martes 5 de mayo: *Napul'è…*, los Montes de Oca y 49 kilómetros de delirio

Noche de pesadilla con el roncador. Los tapones no han ayudado. Evidentemente poseía una potencia sonora superior a las especificaciones técnicas del producto. En un momento dado llegué a plantearme seriamente llamar al 112 por una emergencia médica relacionada con la apnea del sueño y al mismo tiempo denunciarlo por contaminación acústica.

A las seis todos se despiertan frescos y llenos de energía; yo en cambio me quedo inmóvil en la cama hasta las siete, esperando a que el dormitorio se vacíe. La razón es sencilla: todavía no he alcanzado ese nivel espiritual del Camino que te permite atravesar una habitación llena de desconocidos en ropa interior con absoluta serenidad, especialmente cuando hay mujeres alrededor. Pienso: el Camino de Santiago, sí, ¡pero con dignidad!

Salgo despacio y por el camino conozco a Henry, un pastor presbiteriano surcoreano —a estas alturas el Camino parece estar organizado por la Oficina de Turismo de Seúl—, que está sentado, masajeándose un pie dolorido. Le ofrezco un poco de mi pomada milagrosa y comenzamos a hablar. Caminamos juntos hasta Espinosa, donde entramos en un

pequeño bar que enseguida tiene un ambiente especial. El motivo se llama Leo.

Leo es uno de esos personajes que parecen sacados de una película de Almodóvar después de tres sangrías. Sonrisa enorme, energía contagiosa, respuesta rápida para todo. Yo, seguro de mí mismo, intento adivinar su nacionalidad:

«¡Tú eres italiano!»

Él se ríe: *«Mitad italiano y mitad brasileño».*

Y yo: *«Se nota. Tienes sonrisa brasileña».*

Él, sin dudarlo: *«Las chicas dicen que tengo la sonrisa y el culo brasileños».*

Baja el telón.

En cuestión de dos minutos pone música alegre a todo volumen: Raffaella Carrà con *Pedro, Pedro*, luego otras canciones curiosas pero perfectas para ese momento del Camino en el que se para el tiempo y ya no sabes si eres un peregrino o un cliente habitual de una verbena al aire libre. Y justo cuando estoy a punto de marcharme, Leo pone a

Pino Daniele con *Napul'è*. Demasiado. Demasiada nostalgia, demasiada humanidad, demasiado todo.

Retomo la marcha emocionado, abrumado por un toque de nostalgia que se desvanece cuando a los pocos kilómetros comienza la subida hacia los famosos Montes de Oca.

Después de horas de campos abiertos, me encuentro inmerso en un túnel verde de pinos y robles. En el bosque hay tanto silencio que por un momento espero ver aparecer un elfo o un druida.

Llego a San Juan de Ortega con intención de quedarme, pero los dos albergues están llenos. Evidentemente hoy la Edad Media tiene el cartel de «completo».

Visito la iglesia, la capilla y el monasterio, que durante siglos acogieron a peregrinos cansados, hambrientos y probablemente menos malolientes que nosotros, los peregrinos modernos. Son las cuatro y diez de la tarde, tengo un hambre feroz, pero los dos bares del pueblo tienen la cocina cerrada. He comprendido que a lo largo del Camino el concepto de «horario de comidas» es una religión más estricta que el catolicismo.

Así que reúno valor y decido continuar hacia Burgos.

Solo 22 kilómetros. «Solo», claro. A estas alturas el cerebro del peregrino pierde completamente el sentido de la realidad.

Lluvia, viento, sol, y después otra vez lluvia. Otra subida interminable y cuando llego a la cima, bajo una lluvia torrencial, veo una gran cruz. Y entonces sucede algo. Las lágrimas se mezclan con la lluvia. Por suerte nadie puede distinguirlas.

Finalmente, a lo lejos, aparece la ciudad. Me digo: *«Ahora todo es bajada.»*

Frase que en el Camino, equivale a: *«Ahora, amigo mío, sufrirás de una manera diferente.»*

Sigo caminando durante horas. Las piernas y los pies se mueven por su cuenta. A las diez y cuarto es noche cerrada. Cruzo la zona industrial de Burgos, a la que calificar de feúcha sería un acto de generosidad cristiana. Todavía me quedan dos kilómetros para llegar al apartamento que he alquilado para la noche pocas horas antes. Y aquí cedo al pecado: veo pasar un autobús y no resisto. Santiago me perdonará. Después de hacer más de 40 kilómetros a pie y solo dos en transporte público, creo que el Santo podrá hacer la vista gorda. O al menos cerrar medio ojo.

La propietaria del apartamento me envía un código para abrir la puerta mediante una aplicación.

¡Ah, el peregrinaje moderno con check-in digital! Entro, suelto la mochila, veo la cama... Y me desplomo. Estoy muerto. Ni siquiera he cenado. Miro el móvil: he hecho 49 kilómetros. Paradójicamente ni siquiera consigo dormir; el cuerpo está tan cansado que parece haber olvidado cómo se hace.



Leo: ¡toda alegría, toda belleza!

Miércoles 6 de mayo: Gigi D'Alessio y la meseta

Voy directamente a la catedral. Aparece de repente entre las calles de la ciudad, con sus agujas góticas que parecen querer desafiar al cielo. Es una de esas construcciones que consiguen hacerte sentir pequeño y al mismo tiempo afortunado de estar allí. No hace falta ser creyente, historiador del arte o experto en arquitectura para quedarse con la boca abierta ante tanta belleza. Después de días entre senderos, campos y pequeños pueblos, el impacto es aún mayor.

El interior es igualmente extraordinario: bóvedas altísimas, vidrieras que filtran la luz con delicadeza, capillas ricamente decoradas y ese silencio particular que las grandes catedrales parecen custodiar desde hace siglos. Me detengo unos minutos a contemplarlo todo, intentando absorber al menos una pequeña parte de la historia, el arte y la fe encerrados en estos muros.

Naturalmente, tras esta elevación espiritual y cultural, regreso rápidamente a mis costumbres. Me hago la foto de rigor abrazado a la estatua del peregrino y comienzo a enviarle imágenes de la catedral a mi madre.

Ella responde casi al instante, con un entusiasmo poco habitual. Entre ella y WhatsApp existe aproximadamente la misma relación que entre yo y una impresora: cuando funciona todos estamos contentos, pero nadie sabe exactamente por qué.

En realidad no es la rapidez de la respuesta lo que me sorprende, sino el contenido.

Comprendo enseguida la razón. Después de años observando a su hijo vivir en Bélgica, escribir libros de Derecho y visitar iglesias más por interés cultural que por devoción, debe de haber pensado que el Camino está completando por fin la obra de la Providencia.

No la contradigo. Durante unos minutos le permito creer que Santiago ha conseguido lo que décadas de educación católica y cuatro años de catequesis para hacer la comunión no lograron alcanzar. En el fondo, después de cientos de kilómetros a pie, ella también se merece un pequeño milagro.

Después, megadesayuno al sol. Hace «solo» 22 grados. Yo, naturalmente, en camiseta técnica de manga corta y pantalones cortos, estilo «verano en el Caribe», mientras los

españoles siguen yendo en plumas. ¡Qué relativo es todo en la vida!

Por el camino me encuentro con una excursión escolar de chiquillos de unos siete u ocho años, y otra vez:

«¡Buen Camino, peregrino!», y yo, que respondo feliz, me siento de repente a medio camino entre un héroe medieval y una mascota del Giro de Italia. Me convenzo de inmediato de que en España enseñan en la escuela el respeto y la solidaridad hacia los peregrinos de Santiago.

Decido ir despacio después de los 49 kilómetros de ayer. Hoy hago solo 22, me digo. Una frase que en el Camino posee el mismo valor jurídico que las promesas electorales.

Justo cuando estoy a punto de dejar Burgos, ahí está la enésima trampa emocional.

Alzo la vista y veo un edificio magnífico: la Universidad de Burgos - Facultad de Derecho de la Universidad de Burgos, con sede en el Hospital del Rey, fundado en 1195 por el rey Alfonso VIII.

Fin del peregrinaje espiritual y regreso inmediato a mis desviaciones profesionales.

Naturalmente no puedo no pararme. Entro en el patio interior: una estructura antigua, elegante y llena de luz. A mi alrededor, estudiantes sentados por todas partes, grupitos que hablan en voz alta, risas, mochilas desperdigadas. Oigo hablar español e inglés a estudiantes Erasmus procedentes de medio continente.

Y allí me entra esa melancolía extraña e inexplicable que solo las universidades saben provocar: siempre consiguen hacerme sentir al mismo tiempo joven, viejo, nostálgico y curioso. Por unos minutos incluso me olvido del dolor en el talón.

Me quedaría de buena gana a hablar con los estudiantes, aunque me da un poco de vergüenza con el atuendo de peregrino, y me pasaría horas leyendo en español los programas de los curos. Pero entonces el Camino vuelve a llamarme al orden. Y sobre todo llama a mis pies.

En el trayecto me encuentro de nuevo con dos italianos: Remo, con quien ya me había cruzado en los días anteriores, y Davide. En compañía suya el camino pesa menos y las ampollas parecen casi una experiencia social compartida.

Atravesamos pueblecitos completamente desiertos a las dos de la tarde. Ni una sola persona en la calle. En este momento nos preguntamos dónde estarán los españoles: ¿estarán comiendo? ¿desayunando? ¿estarán hibernando?

Misterio de la meseta.

Llegamos a Rabé de las Calzadas y paramos para refrescarnos. Yo pido cantidades industriales de bebidas. En un momento dado vemos al otro lado de la carretera a un chico joven, rubio, que seguramente no es español, un poco desaliñado y con tres perros. Le ofrezco una cerveza y él, sin ni siquiera saludar, nos pregunta:

«¿Os gusta Gigi D'Alessio?»

Descubrimos que trabajó en Alemania en un restaurante regentado por napolitanos que, según él, lo sometieron a una sofisticada forma de tortura psicológica:

Gigi D'Alessio diez horas al día, todos los días, durante meses.

Tras este testimonio dramático para él, retomo la marcha y decido recorrer al menos 23 kilómetros. Mi espíritu dice «*Buen Camino*», pero mi talón grita: *«¡Detengan a este hombre!»*

Llego a Hornillos del Camino: ni una cama libre, todo completo. ¡De nuevo, pánico!

Pero aquí el Camino saca su lado humano. Un señor se toma la molestia de llamar por teléfono a un albergue situado a ocho kilómetros más adelante, todavía tres horas de marcha para mí.

«Hay sitio».

Aleluya. Prácticamente un milagro a esas horas.

Me como deprisa un bocadillo gigante, hasta me tomo una sangría, aprieto los dientes y continúo. Estoy completamente inmerso en la meseta más absoluta: kilómetros y kilómetros de nada en absoluto, sin rastro de pueblos, casas y ni siquiera árboles.

Finalmente al anochecer, a lo lejos, veo una luz encendida. Me siento como Pulgarcito en el cuento, siguiendo una señal de la civilización y llego pidiendo cobijo.

Entro y dos chicos me reciben con una manzanilla caliente y muy aromática.

Después veo el dormitorio.

Y allí el horror: cinco personas no identificadas y uno roncando como un trombón.

No, basta. Esto ya es una persecución internacional organizada.

Paciencia. Tapones en los oídos y... buenas noches.

Jueves 7 de mayo: San Nicolás de Bari en medio del Camino

Me despierto sin saber exactamente hasta dónde llegaré ese día. Que además, pensándolo bien, es una de las pocas certezas del Camino: nadie sabe realmente adónde llegará en el plano espiritual, existencial o filosófico. Pero yo, mucho más modestamente, simplemente no sé para nada dónde voy a dormir.

El talón duele. Duele de verdad. El tipo de dolor molesto que no te impide caminar, pero que te acompaña como una canción que no soportas y que se te queda en la cabeza todo el día.

Me pongo de nuevo en marcha porque en el Camino siempre se sale de todos modos. Es una especie de regla no escrita. Un poco como en ciertos grupos organizados: no todos han entendido perfectamente el programa de la jornada, pero al final se camina igual.

A las seis y media de la mañana tengo una reunión con mis amigos del Consejo Directivo de la Asociación Italiana de Abogados del Deporte. No debería haber asistido. Estoy perdido en algún lugar de España, rodeado de trigo, viento y silencio. Pero respondo. Un poco por espíritu de grupo,

mucho por afecto. Porque al final las reuniones inútiles se pueden evitar, pero a los amigos no.

Hablamos de la organización de la próxima asamblea, de los presupuestos para las habitaciones, del alquiler de la sala de congresos. Y, en un momento dado, me doy cuenta de que el coste de un solo día de alquiler de esa sala equivale a unos treinta días de comida y alojamiento a lo largo del Camino de Santiago.

Treinta días. Una sala frente a un mes entero de vida sencilla.

Y allí, en medio del trigo verde, con el viento en la cara y el talón pinchando, pienso que quizá en la sociedad moderna todos necesitaríamos de vez en cuando un pequeño baño de humildad, de sobriedad y, tal vez, incluso de pura pobreza.

Al fin de cuentas, el Camino hace precisamente eso. Te devuelve con elegancia a tu verdadera dimensión y te recuerda lo poco que hace falta para estar bien.

Sigo caminando completamente solo por el corazón de la meseta castellana. Una soledad profunda. Casi bíblica. Solo yo, el cielo, el viento y este pie que continúa protestando.

Me había prometido recorrer treinta kilómetros. Maravilloso. Motivador. Muy de Instagram. Pero llega el momento en el que comprendo que no puedo más. Empiezo incluso a desear parar. Y justo cuando estoy negociando conmigo mismo la rendición, ocurre algo.

De repente, como un espejismo en el desierto, veo una pequeña construcción antigua. Una puerta abierta. Una persona en el umbral. Y sobre todo, milagro entre los milagros, percibo olor a café. Pero no a cualquier café. A café preparado en cafetera italiana, nuestra querida "moka".

El buen hombre, Lino, me habla inmediatamente en italiano. Ya eso solo, en medio de Castilla, me parece extraordinario. Me invita a entrar y a tomar un café. Entro.

Y me quedo sin palabras.

Es una capilla medieval completamente restaurada por el rector de la Universidad de Perugia junto con sus estudiantes allá por 1993. Una capilla maravillosa, dedicada a San Nicolás de Bari, que hoy sigue acogiendo a los peregrinos.

No lo pienso dos veces.

«¿También hospedáis peregrinos por la noche? ¿Tenéis alguna cama?»

«Sí.»

La jornada está salvada.

Miro a mi alrededor y me parece estar viviendo dentro de un *flashback* de siglos, retrocediendo a la época de San Francisco. Dormir en una antigua capillita de un hospital de peregrinos aún más antiguo, en medio de la majestuosa soledad de Castilla. No hay electricidad. Y sorprendentemente la noticia no me supone ningún problema. Al contrario, me parece un lujo, precisamente el lujo de la austeridad que estaba buscando.

Conozco a personas excepcionales. De entre todas ellas enseguida me llama la atención Gabriele: jovencísimo, pero con medio mundo ya a sus espaldas, tres años trabajando en Australia y esa ligereza que solo tienen ciertos chicos antes de que la vida empiece a exigirles contraseñas, hipotecas y responsabilidades fiscales.

Tiene una capacidad extraordinaria para relacionarse con cualquiera. Después de cinco minutos habla con todos como si los conociera desde hace años.

Y naturalmente, las chicas extranjeras de la mesa se sienten inmediatamente atraídas por él. No de forma teatral ni calculada: Gabriele posee esa rarísima combinación de seguridad, amabilidad y despreocupación que a los veinte años parece natural y que, después de los cincuenta, requiere en cambio años de terapia, *mindfulness* y al menos dos libros de crecimiento personal.

Cenamos a la luz de las velas. Y cenamos italiano: dos platazos de pasta, por fin. Y sobre todo comemos despacio, hablando, riendo, compartiendo historias. Hay un ambiente difícil de explicar: alegría sencilla, humanidad verdadera, la que nace cuando nadie tiene que demostrar nada.

Junto a la capilla hay una caseta donde podemos lavarnos e incluso cargar los teléfonos gracias a unas baterías alimentadas por paneles fotovoltaicos. Tecnología mínima, felicidad máxima.

Después de cenar nos quedamos todos un rato más fuera, hablando en voz baja bajo el cielo de Castilla. Luego, poco a poco, nos vamos a dormir.

Siempre a la luz de las velas.

Y, por una noche, en el antiguo silencio de San Nicolás de Bari, el mundo contemporáneo de la alta tecnología y la inteligencia artificial parece quedar a siglos de distancia.



Cena a la luz de las velas en la iglesia de San Nicolás con Leo, Gabriele, Carlos y otros amigos peregrinos

Viernes 8 de mayo: lágrimas y lluvia

Me despierto con el aroma de la cafetera italiana que sale de la cocina y llega hasta la cama. Un olor familiar y reconfortante, capaz por un instante de hacerme olvidar que estoy lejos de casa. Desayunamos todos juntos, en silencio y con esa ligera tristeza que acompaña a las despedidas. Es el momento de separarnos.

Lino me da la bendición del peregrino. Me desea fe y fuerza para continuar el Camino. La voy a necesitar de verdad. Sobre todo la fuerza, porque todavía tengo toda la ropa mojada. A causa de la lluvia no he conseguido secarla y la guardo en la mochila con la esperanza de que, caminando, la humedad termine evaporándose por sí sola, incluso sin sol.

Me pongo de nuevo en marcha y poco después vuelvo a encontrarme con Remo. Recorremos juntos algunos kilómetros, hablando poco, pero con esa compañía silenciosa que en el Camino vale más que muchas palabras. Llegamos a un pequeño pueblo donde, como siempre, parece haber únicamente dos puntos de referencia para nosotros los peregrinos: la iglesia y el bar. Y a veces no está del todo claro cuál de los dos, al menos para el peregrino, se considera más sagrado.

Nos recibe Eduardo, que habla un italiano perfecto y nos cuenta que Checco Zalone rodó en su albergue varias escenas de su película sobre el Camino. Durante unos minutos me siento dentro de un guion surrealista: peregrinos empapados, café espresso en medio de la meseta y referencias cinematográficas italianas en plena Castilla.

Mientras pago la cuenta, me viene espontáneamente una reflexión: en el Camino moderno hoy en día se puede pagar casi en cualquier parte con tarjeta bancaria, la misma moneda, el mismo gesto automático.

Y ese pensamiento, mientras camino, me trae de repente a la memoria otra Europa.

La de hace treinta y cinco años, cuando mis amigos y yo cruzábamos el continente en tren gracias al Interrail y cada frontera significaba también cambiar de moneda e intentar desesperadamente entender cuánto valía realmente una corona danesa comparada con las últimas liras que sobrevivían aún en la cartera.

Naturalmente no existían los teléfonos inteligentes, las tarjetas *contactless* ni las aplicaciones bancarias.

Y sobre todo no había ninguna confianza hacia el mundo exterior sin los amigos o la familia.

Por eso mi madre, con el pragmatismo casi militar de las madres del sur de Italia en los años noventa, nos cosió unos bolsillos pequeños de algodón para atárnoslos a la cintura con una goma y sujetarlos a los calzoncillos con un imperdible.

Una solución que hoy nos haría sonreír pero que entonces nos parecía tecnología punta.

Todavía recuerdo una escena en Copenhague. Habíamos entrado en un albergue juvenil y, en el momento de pagar, mi amigo Emilio le dijo con absoluta naturalidad al danés de la recepción:

«Sorry... where is the bathroom? Because, you know... I have my money in my boxer». «Lo siento… ¿dónde está el baño? Porque… llevo el dinero en los calzoncillos».

El pobre hombre lo miró estupefacto.

Y a decir verdad, también algo asqueado.

«You have your money... in your boxer?!», «¿¡Llevas el dinero... en los calzoncillos?!»

El tono y la expresión de su rostro parecían decir claramente:

«¿Me estás diciendo que guardas el dinero dentro de los calzoncillos... y ahora pretendes dármelo a mí?»

Y Emilio, muy serio, con la calma de un chico convencido de estar explicando un procedimiento de seguridad completamente normal, respondió:

«Yes. You know... for security reasons!», «Sí. Bueno... ¡por razones de seguridad!»

Todavía hoy estoy convencido de que aquel danés se debe de acordar del italiano estrafalario que escondía billetes en los calzoncillos como un contrabandista de los Balcanes.

Y sin embargo, al pensarlo de nuevo ahora mientras atravieso España paando en todas partes con la misma tarjeta bancaria, me doy cuenta de cuánto ha cambiado Europa a lo largo de mi vida.

Cuando era joven, viajar por el viejo continente significaba sobre todo descubrir las diferencias.

En cambio hoy el Camino te muestra constantemente también todo aquello que poco a poco hemos aprendido a compartir.

Remo retoma su camino y yo continúo solo por una avenida arbolada junto a un canal. Un señor español me explica que antiguamente aquellas aguas servían para transportar la lana de la región hasta Santander y desde allí hacia Holanda e Inglaterra. Yo mientras tanto pienso que hoy podrían utilizarlo para transportarme directamente hasta Santiago, a ser posible con servicio de secado incluido.

Llego a Frómista hacia las dos de la tarde. Como algo rápidamente y luego, bajo la lluvia, admiro la célebre iglesia románica de San Martín. Con sus piedras color miel, sus dos torres cilíndricas perfectamente simétricas y sus cientos de pequeños capiteles esculpidos parece sacada directamente de un libro de historia medieval. Bajo el cielo gris de la meseta resulta todavía más impresionante, como si llevara allí desde siempre esperando el paso de los peregrinos.

Permanezco varios minutos contemplándola. Pienso que desde hace casi mil años mercaderes, caballeros, santos, pecadores y peregrinos, todos inevitablemente cansados, llegan ante esa misma fachada con emociones probablemente no muy distintas a las mías.

Una persona bajo un paraguas me ve empapado y grita: *«¡Otro peregrino mojado!»*

A estas alturas, a los peregrinos ya nos avistan como especies migratorias. Solo faltan los documentales de la naturaleza:

«Aquí podemos observar al peregrino común mientras atraviesa la meseta bajo la lluvia en busca de un café caliente y de un lugar seco donde tender sus calcetines".

Me duelen los pies, pero decido continuar hasta el siguiente pueblo. Poco después regresa el sol, casi como si quisiera disculparse. Atravieso una pequeña localidad donde el supuesto bar resulta ser simplemente una máquina expendedora: probablemente el primer local del mundo donde la relación humana más profunda es con la máquina para merendar. Después, el sendero vuelve a abrirse junto a un río y a una magnífica avenida de álamos centenarios.

¡Cómo me gusta el susurro de las hojas de los álamos movidas por el viento! Es un sonido que me tranquiliza y acompaña mis pensamientos sin interrumpirlos.

Pero un poco más adelante aparece de repente una tormenta de rayos como las que solo había visto en documentales o en esos vídeos apocalípticos de YouTube con títulos del tipo: «Top 10 de tormentas que jamás querrías encontrarte».

En apenas treinta segundos paso del estado de «peregrino contemplativo inmerso en la naturaleza» al de «hombre perdido en una recreación de una tormenta bíblica». El viento golpea mi poncho como una vela fuera de control y avanzo inclinado hacia delante con la elegancia de una bolsa de plástico arrastrada por un huracán en una autopista.

Busco refugio, pero no hay ninguno. Solo lluvia, viento y carretera. En ciertos momentos el Camino parece tener un sentido del humor muy particular: te regala el sol justo el tiempo suficiente para que te quites la capa de lluvia y luego te castiga inmediatamente por exceso de confianza.

Sigo caminando. Camino y nada más.

Ya es tarde cuando por fin llego a Villalcázar de Sirga. Busco un albergue, un hotel, cualquier refugio. Conigo una habitación libre en una pequeña pensión.

A esa hora prácticamente no hay nadie en el pueblo. Las calles están silenciosas y desiertas. Y entonces, de repente, aparece ante mí la imponente silueta de la iglesia de Santa María la Blanca. Más que una iglesia de pueblo parece una catedral perdida en la meseta, enorme en comparación con las pocas casas que la rodean.

Las piedras doradas reflejan la luz húmeda de la tarde y por un instante tengo la impresión de que el edificio ocupa todo el pueblo.

Descubro con alivio que la pensión está justo enfrente.

Comprendo inmediatamente el estado lamentable en que me encuentro por la reacción de la propietaria. Nada más verme llegar se queda literalmente con la boca abierta y viene hacia mí diciendo: *«Tranquilo, tranquilo... ya has llegado.»*

Y la verdad es que tiene razón: estoy empapado de la cabeza a los pies a pesar del poncho, que en ese momento ya no era una protección contra la lluvia, sino una esperanza con mangas.

No estoy mojado solo por la lluvia.

Me doy cuenta de que estoy llorando sin poder parar: lágrimas de cansancio, alegría, alivio y gratitud, todo a la vez.

Quizá también mi cuerpo después de horas de tormenta haya decidido por su cuenta venirse abajo emocionalmente.

Me quito la capa, que chorrea agua, y la dejo en el suelo de la pensión y la señora, con una ternura casi maternal, me abraza como a un hijo perdido que por fin ha vuelto a casa. Luego me dice que me siente y me trae una infusión caliente.

En ese momento aquella infusión me parece el mayor gesto de amor de toda la historia de la humanidad.

La señora me prepara algo de comer, casi sorprendida por la cantidad que pido. En aquel momento probablemente me habría comido incluso el menú plastificado.

Luego me acompaña a la habitación: una cama con mantas (algo que no siempre se da en el Camino) y una silla en un rincón. Simple. Esencial. Nada extraordinario. Y precisamente por eso, en aquel momento, perfecta.

Sábado 9 de mayo: donde los demás veían la nada

Me despierto después de haber dormido plácidamente y sin interrupciones en mi pequeña habitación de pensión. Por una vez nadie ronca, nadie prepara la mochila a las cinco de la mañana y, sobre todo, nadie me enciende la linterna frontal directamente a los ojos.

Bajo al bar hacia las nueve y media para desayunar y está lleno de peregrinos ya en modo operativo: botas, bastones, rostros concentrados y ese aire de «hoy solo hago dieciocho kilómetros tranquilamente», que luego terminan siendo regularmente treinta y dos.

Por un momento pienso en Bruselas: hoy es el Día de Europa. Me imagino las conferencias, las banderas azules con estrellas doradas, los discursos solemnes sobre la integración europea... mientras yo, ciudadano y funcionario europeo, estoy celebrando la unión de los estados del viejo continente con una ampolla en el talón y tres tiritas Compeed en el bolsillo.

Recupero toda mi ropa que la dueña de la pensión ha lavado con esmero y puesto a secar durante la noche. Parto con la intención de detenerme como primera etapa en Carrión de los Condes.

Durante el trayecto me encuentro con Carlos, mi amigo mexicano, con el que hago varios kilómetros. Habla un español tan dulce y musical que incluso los prospectos de los medicamentos parecen poemas de Pablo Neruda. Me cuenta que es fotógrafo y que ya ha publicado muchas imágenes del Camino en su perfil de Instagram. Me las enseña en el teléfono: son fotos de calidad profesional. Pequeñas obras maestras del arte fotográfico: luz perfecta, colores increíbles, peregrinos que parecen sacados de un documental de Netflix patrocinado por Canon. Estoy convencido de que gracias al encanto de esas imágenes, el próximo año muchísimos mexicanos harán el Camino.

Llegamos al albergue, donde volvemos a encontrarnos con Gabriele, ocupadísimo hablando —o quizá flirteando con esa naturalidad tan suya— con una chica danesa mientras se prepara un buen bocadillo. Empiezo a pensar que mi joven amigo está afrontando el Camino como una misión diplomática internacional o una larga puesta en escena sentimental.

Continúo mi viaje con cierta inquietud, porque todos me han advertido:

«Prepárate también mentalmente porque serán 17 kilómetros de la nada absoluta».

Y por otra parte a mí me ha parecido maravilloso todo el paisaje alrededor del recorrido; el silencio como beneficio para el alma y la mente, los campos de trigo, la brisa suave y esa sensación extrañísima de que el tiempo realmente desacelera para permitirte vivir mejor y apreciar con todos los sentidos la realidad que te rodea. A veces, la «nada» es simplemente paz, pero algunos peregrinos todavía no lo saben.

Los últimos kilómetros pasan rápidamente porque me encuentro con Federico, de Rávena. Hablamos de todo: trabajo, vida, viajes, gimnasio, dolores de pies y el futuro de la humanidad.

Y así, casi sin darnos cuenta, llegamos a nuestros respectivos alojamientos en Moratinos.

En mi albergue hablan napolitano cerrado y me causa impresión escuchar mi dialecto en medio de la nada de la meseta: son dos hermanos que gestionan el albergue e ipso facto me siento como en casa, a pesar de los miles de kilómetros de distancia.

Y por la noche volvemos a reunirnos con Eduardo para cenar y tomamos juntos una carbonara excelente preparada

por una señora italiana de su albergue. Y se nota enseugida la mano de la patria.

Durante unos minutos nos miramos todos en silencio con respeto religioso, como ante un milagro gastronómico aparecido en medio del Camino.

Domingo 10 de mayo: la historia de Santiago de Compostela

He dormido bien. Sin roncadores sincronizados al estilo de la orquesta filarmónica del infierno. Como de costumbre, soy de los últimos en abandonar el dormitorio: empiezo a creer que los demás peregrinos tienen algún acuerdo secreto con el sol para salir antes del amanecer.

Preparo la mochila y voy al bar del albergue a desayunar. El hecho de que el desayuno lo prepare un napolitano me tranquiliza al menos respecto a la calidad del café: dondequiera que haya un italiano en el mundo, tarde o temprano aparecerá también un espresso aceptable. Me concedo tanto un capuchino y un cruasán, como pan con tomate y zumo de naranja: prácticamente un desayuno doble, pero el Camino transforma cualquier sentimiento de culpa por las calorías en carburante espiritual.

Estoy listo para partir. Por decirlo de alguna manera.

Nada más salir vuelve a llover. Una señora brasileña amabilísima me ayuda a colocarme el poncho sobre la mochila. Compartimos un buen tramo del camino. Me habla de sus viajes constantes, de sus hijos, que viven en Europa, y de sus nietos, a quienes visita siempre que puede.

Tiene esa energía de las personas que han comprendido que la vida es demasiado breve como para quedarse quietos.

Y entonces, de repente, el cielo decide asesinarnos.

Una tromba de agua se nos echa encima sin piedad. Ella, yo y todos los peregrinos buscamos refugio donde podemos. Árboles no hay. Así que nos metemos entre unos arbustos bajos junto al sendero. Y es un espectáculo bastante insólito, como en los cuadros de Arcimboldo con rostros humanos hechos de frutas y verduras: decenas de peregrinos de colores, cubiertos con ponchos rojos, azules, amarillos y verdes, parecen bayas gigantes que han brotado de la vegetación.

Empapados hasta los huesos llegamos a Sahagún, que yo ya a estas alturas llamo «Shanghái» probablemente debido a los niveles de humedad, y cada uno retoma su camino.

Avanzo por un hermoso puentecito medieval y encuentro el monumento que marca la mitad del Camino. Un momento que debería ser altamente espiritual y suscitar pensamientos profundos y comentarios memorables que escribir y legar a la posteridad. Lástima estar completamente empapado, tener las zapatillas llenas de

agua, los calcetines convertidos en un acuario y una ampolla que ya ha adquirido personalidad jurídica propia.

Una vez en la ciudad, encuentro una especie de parafarmacia para peregrinos, mitad farmacia, mitad centro de masajes de supervivencia. El farmacéutico me ve entrar y enseguida se da cuenta de que estoy cerca de la descomposición. Me da una pomada cicatrizante para los pies y me envía a una lavandería automática donde consigo secar al menos las zapatillas, los calcetines y los pantalones.

Como una excelente tortilla y continúo. El sendero está desierto: nadie delante de mí, ni tampoco detrás. Ahora comprendo que los peregrinos se detengan a las dos de la tarde una vez que han hecho los 15, 20 o máximo 25 kilómetros que tenían previstos. Una verdadera lástima, pienso, porque el Camino, al menos en esta época del año, ofrece lo mejor de sí mismo. La luz se vuelve más pura, casi cristalina; los campos parecen extenderse hasta el infinito y la temperatura, al menos en esta época, resulta agradable. Caminar se convierte menos en una prueba de resistencia y más en una simple alegría.

Al cabo de un rato vuelvo a encontrarme con Remo, que venía detrás de mí, y llegamos a Bercianos del Río, un pueblecito diminuto. «Pueblecito» es incluso demasiado generoso: cuatro casas cerradas y un silencio cósmico.

Obviamente, no hay nadie por la calle. Pero siempre existe una certeza en el Camino: si encuentras una iglesia, probablemente también encuentres un bar.

Y efectivamente, allí está.

Nos sentamos inmediatamente y pedimos el menú del peregrino. Yo elijo una sopa de alubias que contiene... orejas de cerdo troceadas. Al principio, la idea no me entusiasma demasiado. Digamos que no era precisamente el sueño gastronómico de mi infancia. Pero está caliente, tengo hambre y por tanto acepto mi destino. Después llega una carne excelente y la situación mejora considerablemente.

Remo decide quedarse allí. Ya ha hecho 36 kilómetros. Yo por el contrario sigo solo hacia el siguiente pueblo, El Burgo Ranero.

Llego tardísimo y destrozado.

Llamo al albergue mientras todavía estoy caminando para asegurarme de que haya al menos una cama disponible. La señora que me recibe, colombiana, es muy amable, y me informa enseguida de que la cena es posible... pero solo hasta las ocho y media. En ese momento estoy tan cansado

que considero seriamente la idea de alimentarme directamente mediante fotosíntesis.

Me tiro en la cama «solo cinco minutos» y me quedo dormido inmediatamente y duermo una hora. Después saco fuerzas para darme una ducha caliente. Una de las que te reconcilian temporalmente con la humanidad.

Salgo a buscar el restaurante del pueblo. Naturalmente está cerrado. Todo cerrado. Desierto total. Parece el decorado de una película postapocalíptica.

Pero delante del restaurante hay un chico marroquí sentado. En cuanto se da cuenta de que vengo del albergue, me hace entrar igualmente: soy el único cliente. Aun así me preparan algo de comer y empiezo a conversar con el dueño.

Le pregunto por qué todos estos pueblos están tan vacíos.

Me explica que los jóvenes se han marchado a León, Madrid o Barcelona. Y los mayores también: al menos allí pueden recibir mejor atención médica. Quedan pocas personas y muchas casas vacías.

Después le pregunto por los muros de las casas que he visto durante la jornada, que me parecen estar construidos con paja y barro. Me confirma que se trata de una técnica tradicional antiquísima de la región: paja y barro como aislante natural. En la práctica, una forma de construcción ecológica antigua mucho más inteligente que la de algunos apartamentos modernos que cuestan un ojo de la cara.

Mientras tanto, entra otro señor y me cuenta la historia de Santiago con la solemnidad natural típica de los españoles cuando hablan del Camino. Me explica la misión evangelizadora del apóstol en España, su decapitación en Jerusalén por orden de Herodes Agripa y después el viaje legendario del cuerpo por mar hasta las costas de Galicia.

Según la tradición, los discípulos habrían colocado el cuerpo del apóstol en una barca sin velas ni remos, confiándolo completamente a la voluntad divina. Y con esto ya yo, como europeo contemporáneo acostumbrado a los frecuentes inconvenientes causados por las compañías aéreas modernas y a las estafas que se producen en las páginas web para reservar un hotel, siento una cierta admiración por el nivel de confianza logística del cristianismo de los primeros tiempos.

La historia continúa: siglos después, un ermitaño habría visto unas luces misteriosas en el bosque, casi como

estrellas que señalaban un punto concreto, y allí fueron halladas las reliquias del apóstol. De aquellas «estrellas en el campo» habría nacido el nombre de «Santiago de Compostela».

Y mientras lo escucho pienso que el Camino en el fondo sigue hoy todavía vivo entre la historia, la fe, la leyenda y la necesidad humana de creer que ciertos viajes tienen realmente un significado más grande que nosotros mismos. También porque después de cientos de kilómetros a pie, uno está dispuesto a creer prácticamente en cualquier cosa, con tal de que haya una cama libre al final de la etapa.

Y yo escucho todo agotadísimo, con los ojos que se me cierran solos.

Les doy las gracias a todos una vez más y por fin vuelvo a la cama.

Mañana intentaré llegar a León.

Lunes 11 de mayo: León bajo la lluvia

Camino despacio, en soledad y sin detenerme nunca hasta bien entrada la tarde. Incluso mis queridos amigos peregrinos coreanos, presencia constante en el Camino, han desaparecido. También han desaparecido los ultratecnológicos de bastones aerodinámicos y mochilas dignas de astronauta. Evidentemente, los serios han seguido adelante, mientras yo continúo practicando una forma de peregrinación lenta y feliz, basada sobre todo en carbohidratos, improvisación y resistencia psicológica.

Casi sin darme cuenta llego a doce kilómetros de León.

Pero los últimos kilómetros son bastante feos: periferias, carreteras y senderos anónimos, sin alma ni religiosa ni laica. Es como si la meseta antes de dejarte marchar quisiera recordarte que el sufrimiento estético es también parte integrante de la experiencia del Camino.

En un momento dado me adelanta un peregrino de edad avanzada y nacionalidad no identificada a una velocidad inquietante. Me saluda sonriendo:

«¡Buen Camino!»

Yo respondo con dignidad.

Pero por dentro mi cuerpo grita:

«¿Pero adónde vas tan rápido? ¡Ralentiza tu paso al mío, te lo ruego!»

Poco después me cruzo con dos estadounidenses equipados de forma profesional: botellas inteligentes, *smartwatch*, rodilleras profesionales y pantalones cortos con más bolsillos que un chaleco antibalas.

Uno de ellos me pregunta:

«How many kilometers today?», «¿Cuántos kilómetros hoy?»

Y yo ya privado de lucidez: *«Emotionally? Too many!», «¿Emocionalmente? ¡Demasiados!»*

Pero la idea de llegar por fin a León me motiva y me impulsa hacia adelante.

Llego ya tarde, por la noche. Sigue lloviendo, pero no estoy preocupado. Abro Booking y veo que hay decenas de alojamientos disponibles. Después de pasarme días reservando camas en habitaciones compartidas con

peregrinos que roncan en latín antiguo, disponer de una habitación para mí solo me parece un lujo absoluto.

Encuentro una a buen precio en plena Plaza Mayor.

Entro y casi se me saltan las lágrimas: en cierto momento incluso me quedo unos segundos inmóvil delante del lavabo observando simplemente unas toallas de excelente algodón. El Camino rebaja muchísimo los estándares emocionales: después de dos semanas de peregrinación, contemplas un baño limpio y unas toallas cuidadosamente dobladas con el mismo respeto con el que un arqueólogo observa los restos de una civilización perdida.

Antes incluso de darme un baño salgo inmediatamente a comer algo.

León, bajo la lluvia, tiene un encanto especial. Las luces amarillas de las farolas se reflejan sobre la piedra mojada, los callejones están llenos de gente entrando y saliendo de bares y restaurantes, y el aire huele a noche, a lluvia y a ciudad vivida.

Y sobre todo está la catedral, que aparece de repente entre los tejados como una gigantesca nave gótica anclada en el corazón de la ciudad.

Por la calle me encuentro con un señor amabilísimo que sin motivo aparente decide convertirse en mi guía turístico personal.

Me explica la historia de la ciudad y del Barrio Húmedo, que estamos atravesando. Descubro que el nombre del barrio no viene de la lluvia, sino de la histórica abundancia de vino servido en sus tabernas. Una explicación que encuentro sorprendentemente razonable. Al fin y al cabo, hay lugares que reciben su nombre de reyes, santos o batallas; León le ha dedicado uno directamente a la bebida.

También me indica dónde comer, dónde beber y me explica el ritual de las tapas.

«Aquí no tienes que pedir comida. Pides una cerveza... y te traen algo que echarte a la boca.»

Una filosofía urbana que merecería seriamente ser estudiada en las escuelas y difundida a escala europea.

El hombre sigue hablándome con un entusiasmo cada vez mayor, y en un momento dado me señala tres bares diferentes en un radio de cincuenta metros:

«Aquí la tortilla. Allí el jamón. Más adelante las croquetas.»

Parece Gandalf asignando misiones estratégicas, pero basadas exclusivamente en carbohidratos.

Entro en un bar de tapas cerca del hotel. Pido una cerveza, sin alcohol, claro.

Y efectivamente, llega comida de inmediato. ¡Genial!

Durante algunos minutos permanezco casi emocionado por la eficiencia del sistema: pides algo de beber y la comunidad local, buena cristiana, te protege alimentándote responsablemente.

Después de tantos días entre campos, senderos y pequeños pueblos, encontrarme de repente en una ciudad tan viva me transmite una extraña sensación de energía y consuelo.

Así que tomo la decisión: mañana no camino. Mañana me quedo.

Martes 12 de mayo: humillación meteorológica

Lleno de entusiasmo decido visitar la ciudad.

Sin embargo, nada más salir del hotel comprendo que la meteorología local ha desarrollado contra mí un ensañamiento personal bastante serio.

Llueve. Otra vez.

Y no una lluvia normal, no. Esa llovizna castellana fina y persistente que a mis ojos ya ni les parece agua: es una humillación atmosférica sistemática organizada contra mí, que vivo en Bruselas, donde el clima tampoco es que sea excepcional.

Con mis limitados conocimientos de geografía y climatología, emprendí el viaje con la convicción romántica de que en España sufriría por el sol, el calor, la deshidratación, tal vez incluso un ligero colapso sahariano.

En mi mente de italiano de Campania emigrado al norte de Europa, «España» significa: luz cegadora, cielo azul, temperaturas africanas y ancianos sentados a la sombra bebiendo una cerveza.

En lugar de eso, llevo días atravesando el norte de España con el estado de ánimo climático de un agricultor de Flandes.

A pesar de todo llego a la Plaza Mayor, en el corazón de la ciudad, intentando esquivar los charcos. León es antigua y está repleta de historia de un reino medieval, llena de callejuelas que parecen hechas expresamente para hacer que se pierdan los peregrinos cansados y los turistas sin paraguas.

Visito la catedral gótica en medio de un mar de iglesias románicas, la llamada Pulchra Leonina, con sus numerosas vidrieras de mosaico, entre las más valiosas de Europa. Son tan luminosas que pareces entrar en un caleidoscopio medieval gigantesco.

La luz de colores cae sobre el suelo, sobre las columnas y los visitantes, transformando todo lo que toca. Me quedo allí con la cabeza levantada, como un turista especialmente impresionable.

Durante unos minutos me olvido hasta del dolor de pies. En la práctica entro como un peregrino cansado y salgo convencido de haber tenido una pequeña aparición mística, o tal vez era solo una bajada de azúcar.

Una vez fuera paso por delante del palacio de Gaudí. Cerrado, por desgracia. Por lo visto, los monumentos cerrados y yo mantenemos una relación estable y duradera. Pero ya solo el exterior es muy bonito: parece el castillo de un cuento de hadas diseñado por alguien que tomó un montón de café y decidió que las líneas rectas estaban sobrevaloradas.

Continúo hasta el Parador, también magnífico. Y entonces surge en mi interior un pensamiento peligroso: *«¿Quién me manda dormir en dormitorios compartidos cuando existen lugares tan cómodos?»*

Pero hago rápidamente un cálculo mental y me doy cuenta de que una sola noche en el Parador me costaría lo mismo que treinta días de literas, roncadores en serie y baños compartidos. Y de repente recupero toda mi espiritualidad peregrina.

De camino de vuelta, paro a a comer algo típico de León.

La cocina leonesa no parece estar especialmente interesada en las modas saludables contemporáneas. Aquí reinan los embutidos, las salchichas, las carnes, los quesos y unas raciones claramente pensadas para las personas que se pasan el día trabajando en el campo o caminando hacia

Santiago. Me encuentro delante de un plato tan abundante que por un momento me planteo pedir ayuda a los peregrinos de la mesa de al lado.

Como con la concentración y el respeto que se reservan para las experiencias importantes. Después de casi trescientos kilómetros de Camino, mi organismo interpreta aquel almuerzo no como una simple comida, sino como un acto de justicia reparadora.

Más tarde me pierdo felizmente por las callejuelas del Barrio Romántico, lleno de ambiente, tapas, bares y gente alegre. El nombre parece sugerir pasiones intensas y declaraciones de amor. Yo, en aquel momento, siento emociones intensas sobre todo por las croquetas y por cualquier superficie que me permita sentarme.

Ha dejado de llover y es entonces cuando tomo una decisión muy racional y moderada: seguir caminando hasta la noche.

Definir el siguiente tramo del Camino como «no muy bonito» es puro ejercicio de diplomacia.

Doce kilómetros junto a la carretera capaces de hacerte revalorizar hasta las carreteras de circunvalación de Roma o Bruselas. Largos, monótonos, ruidosos, eternos.

Finalmente, hacia las nueve y media de la noche, llego a San Martín. Entro en el dormitorio de mi albergue, ocupado exclusivamente por italianos.

Hay una joven pareja que ha elegido el Camino como viaje de recompensa por haberse graduado, una decisión que puede interpretarse como una muestra extraordinaria de romanticismo o como gestión creativa de un presupuesto universitario aún bastante tocado.

En el restaurante me fijo en cuatro amigos de toda la vida, apasionados por la montaña, que acaban de cenar y están jugando a las cartas: Gino, Lorenzo, Claudio y Maurizio, procedentes de un pequeño y pintoresco pueblo del Valle de Susa, Bussoleno. Han salido de León por la mañana bajo una lluvia torrencial y, de forma inexplicable, siguen llenos de energía, entusiasmo y confianza en la humanidad.

Gino es de Campania, como yo. Con él vuelvo inevitablemente al dialecto y a las cadencias de mi tierra. Tiene una energía contagiosa y afronta cada jornada con entusiasmo.

Maurizio es el más socarrón del grupo. Observa, escucha y luego suelta la ocurrencia adecuada, esa que hace sonreír a todos sin necesidad de levantar la voz.

Lorenzo es el compañero con quien termino hablando más a menudo de economía y deporte. Comparte estas pasiones y cuenta con orgullo la trayectoria de su hijo, un joven entrenador.

Y finalmente está Claudio, el más silencioso. No habla mucho, pero cuando la carretera se empina parece transformarse: camina con naturalidad y ligereza, como si las montañas fueran su hábitat natural.

Son personas entrenadas, sonrientes, todavía capaces de hablar del paisaje y de formular frases completas después de treinta kilómetros, mientras que yo en esa situación me comunico principalmente mediante suspiros, gestos de dolor y súplicas de café.

Y sin embargo, lo más sorprendente es otra cosa: apenas los conozco, pero ya los siento como verdaderos amigos.

Más tarde, mientras recupero fuerzas en el albergue, me llega un mensaje de WhatsApp de Simone.

Abro el vídeo. Espero ver un dormitorio, algunos peregrinos cansados, quizá un plato de pasta.

En vez de eso, presencio una escena que parece sacada de un documental místico-musical producido por Netflix.

El albergue donde se encuentra está gestionado por unas monjas que, terminada la cena, se presentan ante los peregrinos armadas con guitarras y pandereta. Y se ponen a cantar.

No ellas solas, sino con los peregrinos, todos juntos.

En el vídeo los veo dar palmas, sonreír y entonar canciones con un entusiasmo cada vez mayor.

Vuelvo a ver el video dos veces para asegurarme de que he visto bien.

Simone se encuentra claramente a medio camino entre un albergue del Camino y el Festival de San Remo organizado por religiosas.

Después de todo, el Camino también es esto: partes pensando que vas a hacer una peregrinación medieval y

acabas viendo una *jam session* de monjas benedictinas en directo por WhatsApp.

Miércoles 13 de mayo: almuerzo diplomático por error y hasta un SPA

Después de desayunar, me despido con cariño de los nuevos amigos italianos que conocí anoche y que están listos para salir antes que yo. Ya he comprendido bien que en el Camino uno se pierde de vista y se reencuentra continuamente… quizá diez kilómetros más adelante, delante de una tortilla o de una farmacia.

Mientras tanto, Benito —el propietario del albergue, con cara de quien ha visto pasar a medio mundo— nos cuenta que antiguamente el Camino Francés era conocido como el «Camino Romano». Pasaban sobre todo italianos, españoles y algunos franceses. Sus padres alojaban a los peregrinos directamente en su casa. En ese momento tuve la fuerte sensación de que el Camino no es solo un recorrido, sino una especie de río humano que sigue fluyendo igual desde hace siglos. Cambian las mochilas, pero permanecen los ojos cansados y felices.

Después de pocos kilómetros abandonamos por fin la carretera. Y el día cambia de cara: pequeños caminos de montaña, pueblecitos diminutos, el verde de los árboles, arbustos de arándanos, bosques de hayas y, por todas partes, un silencio ensordecedor interrumpido únicamente

por el sonido fragmentado de los pasos, los bastones y el canto de los pájaros. Una belleza sencilla y grandiosa al mismo tiempo. Cada curva parece decir: *«Tranquilo. Ve despacio. Mira bien».*

Destino de hoy: Astorga. No sé absolutamente nada sobre ella porque anoche estaba demasiado cansado, incluso para buscar información en internet. Mi método de observación cultural es ya este: llego, miro a mi alrededor y me dejo sorprender. Una especie de «National Geographic con ampollas».

Naturalmente, después de casi siete horas caminando, mi cerebro entra en su fase obsesiva: comer. Quiero probar a toda costa la especialidad local: el famoso «cocido maragato». Por esta experiencia gastronómica, esperemos que Santiago me perdone, traiciono las flechas amarillas del Camino y sigo Google Maps rumbo a un restaurante con la misma determinación y sagacidad de un sabueso. Voy tan rápido que alcanzo a mis amigos, que habían salido antes. Charla rápida, superficial y breve. Los adelanto disculpándome por tener prisa: temo que el restaurante cierre.

Ellos, con su inmensa generosidad, lo entienden.

Llego. Abro la puerta. Y comprendo inmediatamente que me he equivocado de categoría social de clientes.

Un restaurante absolutamente normal por fuera y elegantísimo por dentro. Gente bien vestida. Camareros impecables, con maître y todo. Ambiente refinado.

Y entonces entro yo, con toda mi belleza de peregrino: mochila aparatosa, sombrero y bastones de senderismo, pantalones cortos. Todo ello rematado por los chorros de sudor a causa de la carrera y la cara sucia de polvo.

Parezco un vagabundo que ha entrado por error en una sala donde se celebra una comida diplomática.

Me disculpo inmediatamente por mi aspecto, pero ellos, con gran amabilidad, me hacen pasar y me acomodan, eso sí, en un rincón del restaurante que a esa hora, casi las tres y media de tarde, está medio lleno o medio vacío, según se mire.

Y ahí empieza la fiesta: el cocido es exquisito, abundante y reconfortante. Una declaración de amor entre garbanzos, zanahorias, distintos tipos de carne y calorías. Me encanta, aunque debo admitir que es el plato perfecto si después el plan es irte a dormir durante tres días, y no si al día

siguiente debes hacer otros treinta kilómetros. Por eso renuncio al caldo que normalmente acompaña a la carne.

Salgo del restaurante completamente saciado, en un estado cercano muy cercano a la beatitud o a una parada digestiva.

Entonces busco un hotel cercano. Y aquí hoy el Camino decide premiarme: encuentro un buen hotel a un precio excelente... y con SPA.

SPA.

Después de días de mochilas, polvo, sudor y lavanderías de lo más dudosas, ver la palabra «spa» me provoca la misma emoción que probablemente sentían los peregrinos medievales ante un milagro.

«¡Venga, sí!», me digo, *«¡me lo merezco!»*.

Me doy una ducha interminable. Creo hasta haber lavado parte de mis pecados.

Después salgo a visitar Astorga y de forma inesperada aparece otra maravilla: el Palacio Episcopal de Gaudí. Me quedo literalmente con la boca abierta. Gaudí posee el don de construir edificios que parecen surgir al mismo tiempo

de un cuento, de un sueño y de una oración. Todo parece desafiar la rigidez de la piedra, como si el edificio respirara.

Poco después me dirijo a la catedral gótica tardía. Puro esplendor también: después de haber visitado las iglesias y catedrales de Navarra y Castilla, me quedo asombrado ante su fachada luminosa y esbelta. Aquí es cuando Astorga decide claramente exagerar.

Y entonces, para concluir dignamente la jornada... SPA.

Me quedo allí dos horas. Dos horas de verdad. Agua caliente, silencio, paz absoluta. Después de tantos kilómetros, el cuerpo deja por fin de protestar y firma una tregua.

Por la tarde me preparo para ir a la lavandería, donde permanezco más de una hora porque también los peregrinos deben enfrentarse a la dura realidad de los calcetines y demás ropa sucia. Así que aprovecho para comer poca cosa, porque después del cocido hay que permanecer ligero.

Muy ligero.

Creo que mañana tendré la energía suficiente como para llegar directamente a Santiago sin detenerme.





Astorga: el Palacio episcopal de Gaudí y…

La catedral

Jueves 14 de mayo: la vida que vuelve a empezar

Me despierto tarde. Por una vez, el cuerpo se impone al sentimiento de culpa del peregrino disciplinado. Decido inmediatamente que no desayunaré en el albergue: tras días caminando, incluso elegir dónde tomar un café parece un pequeño acto de libertad.

Salgo y paso delante de la catedral de Astorga. Si ayer me había parecido hermosa, esta mañana, bajo la luz clara y fría de la mañana, resulta casi conmovedora. Las piedras parecen iluminarse por sí solas y durante unos minutos me quedo allí quieto, con la mochila a la espalda, contemplándola como se mira a alguien que deseas guardar bien en la memoria y en el corazón porque no volverás a verlo.

Después comienza la misión imposible del día: encontrar un espresso decente.

Bares cerrados. Bares sin máquina de café espresso. Bares donde el café se parece más a un castigo que a una bebida que te consuela y te despierta. Tras varios intentos comprendo la trágica verdad: tendré que caminar seis kilómetros antes de poder desayunar.

Seis kilómetros sin cafeína constituyen para mí una forma moderna de penitencia.

El primer pueblecito aparece finalmente como un espejismo: Murias de Rechivaldo.

El bar está abarrotado. No solo de peregrinos, sino también de gente del lugar. No sé cómo el hombre detrás de la barra se las apañó para atender a tanta gente sin perder la cordura o darle a alguien con un vaso. Me llama la atención sobre todo la cantidad y variedad de tortillas de patata que sirve: con morcilla, con jamón y queso, con chorizo, tortilla sola...

Tengo la sensación de que en esta región de España existe una tortilla específica para cada estado emocional del peregrino: la de la esperanza, la de la desesperación y, probablemente, también una dedicada a las ampollas del pie izquierdo.

Yo, naturalmente, permanezco unos minutos en contemplación mística ante la barra intentando decidir cuál elegir, con la concentración de un jurista ante una sentencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea.

Me siento y tomo un desayuno que en ese momento para mí vale tanto como una comida con estrella Michelín. En el

Camino la felicidad se mide en pequeñas bendiciones cotidianas: un espresso caliente, unas tostadas, un zumo de naranja y una silla.

Vuelvo a ponerme en marcha atravesando un sendero maravilloso: me parece estar caminando dentro de un cuadro impresionista, entre campos de trigo verde y amapolas de un vivo rojo fuego que asoman de imprevisto. El cansancio sigue ahí, pero el paisaje lo hace ligero, llevadero con elegancia.

Sigo algunos kilómetros junto a Jennifer, una estadounidense muy agradable. Me cuenta que su hijo se ha hecho sacerdote. Lo dice con mucho orgullo y con una naturalidad pasmosa, como si estuviera hablando del tiempo.

Luego, de repente, sentados en un bar, me encuentro con enorme alegría a mis amigos de Bussoleno.

Ellos, personas sensatas y equilibradas, atentas a la salud y probablemente todavía en posesión de unos análisis de sangre compatibles con la vida, piden una ensalada sencilla y rica.

Yo en cambio, como siempre, reacciono a la fatiga del Camino con la lucidez alimentaria de un leñador después de una larga jornada cortando leña.

Pido sin ningún sentido de mesura: sopa de lentejas con chorizo, pastel de carne, patatas fritas, ensalada: esta última la pido únicamente para poder decir ante mi conciencia y mis amigos que también he comido algo de verdura.

Cuando llegan los platos siento casi vergüenza. Casi.

Después pruebo la sopa y cualquier resto de dignidad moral desaparece de inmediato.

Mis amigos se quedan más tiempo en Rabanal. Yo continúo solo, y entonces el teléfono me trae una noticia maravillosa: ha nacido Elisabetta Ludovica, la hija de mi mejor amigo Marco y de Federica.

Permanezco unos segundos inmóvil mirando la pantalla.

Y de repente rompo a llorar.

Me pasa a menudo: las emociones llegan sin pedir permiso. Estoy cansado, vulnerable, lejos de casa, y ciertas noticias me atraviesan por completo. Me conmueve pensar en

Marco, amigo de toda la vida, convertido ahora en padre. Pienso en Federica, en su felicidad, en esa niña recién nacida mientras yo estoy caminando por las montañas del norte de España en busca de mí mismo.

Y de pronto el Camino me resulta clarísimo: por un lado, el cansancio, el tiempo que pasa, las rodillas y los talones que protestan oficialmente contra mí; por otro, la vida que sigue renaciendo obstinadamente a través del amor.

Me detengo y me quedo algunos minutos en silencio, con los ojos llorosos y el corazón lleno de dicha. Y pienso que quizá no exista un lugar mejor que el Camino para recibir una noticia así.

Mientras tú atraviesas paisajes antiguos y sientes sobre ti todo el peso de los años, en algún lugar nace una criatura con los ojos todavía llenos de futuro. No sabe nada del cansancio, de los miedos, de las desilusiones, del tiempo que pasa demasiado deprisa.

Y sin embargo, justo en ese momento, mientras tú caminas cansado a lo largo de un sendero antiguo, ella entra en nuestros corazones. Tú con ampollas en los pies y la vida a cuestas, ella ligera como un aliento que acaba de comenzar.

Y por un instante creo vislumbrar el hilo que une a las generaciones: quien está en camino desde siempre y quien acaba de abrir los ojos al mundo.

Durante el resto del día llevo conmigo ese pensamiento. Cada paso parece acompañado de la imagen de Elisabetta Ludovica, que justo cuando yo recorro un antiguo camino de peregrinación acaba de emprender el camino más largo e imprevisible de todos: el de la vida. Y quizá también por eso la etapa que me espera ese día adquiere un significado especial.

Ya tenía previsto llegar hasta la famosa Cruz de Hierro y seguir más allá, mientras que mis amigos pensaban quedarse antes, en Foncebadón. Como ellos no encontraron alojamiento, decidimos entonces continuar todos juntos hacia una de las metas más emblemáticas de todo el Camino.

Bien mirado, esta cruz no impresiona por su tamaño. Al contrario, impacta por su sencillez.

No hay una monumentalidad espectacular, no hay grandes construcciones ni efectos escenográficos. Solo un largo poste de madera con una pequeña cruz de hierro en la cima, plantado en el punto más alto del Camino Francés,

rodeado por una gigantesca extensión de piedras que los peregrinos han ido dejando a lo largo de los siglos.

Según la tradición, cada peregrino trae de casa una piedra y la deja allí, como símbolo de algo que quiere abandonar: un dolor, una carga, un miedo, un duelo, un remordimiento o incluso una parte de su propia vida cuyo peso se ha vuelto insoportable y que, por tanto, debe dejarse en este lugar.

Naturalmente yo, que preparé la mochila con la eficiencia estratégica de un hombre que ya estaba físicamente al límite antes de partir, me olvidé por completo de coger mi piedra personal, símbolo de las muchas cargas que llevo a cuestas.

Durante unos segundos lo veo como un fracaso espiritual bastante serio. Luego miro mi mochila, mis rodillas y mi estado psicológico general y concluyo que ya llevo bastante material encima, sin contribuciones minerales adicionales.

El austero lugar tiene sin embargo algo realmente místico que atrae y conmueve al caminante.

Los peregrinos hablan en voz baja. Algunos lloran. Otros se quedan en silencio. Otros hacen fotos buscando al mismo tiempo espiritualidad e iluminación.

También nosotros nos quedamos allí unos minutos sin decir gran cosa. En el Camino de Santiago pasa a menudo: personas normalmente parlanchinas guardan repente silencio ante ciertos paisajes o ciertos símbolos, por respeto, por fe o por agradecimiento.

El viento sopla con fuerza sobre la colina y mueve las banderas, las cintas y los pequeños recuerdos que han dejado peregrinos de todo el mundo. Y al contemplar aquella montaña de piedras pienso que el Camino, en el fondo, también es esto: millones de personas que llegan cargando sobre los hombros fatigas, miedos y esperanzas e intentan dejar al menos una parte a lo largo del sendero. Pero el Camino, como siempre, no permite demasiada poesía gratuita.

Después de la emoción nos damos cuenta de que, aunque ya son las cinco de la tarde, todavía tenemos que caminar otros veinte interminables kilómetros para encontrar un albergue con plazas disponibles. Y esos veinte kilómetros, después de toda la subida, por lo menos a mí me parecen un tramo del Himalaya. ¡Por suerte estoy con mis amigos!

Llegados a ese punto nos damos cuenta de otro detalle no precisamente insignificante: en lugar de los veinticinco kilómetros previstos, al final del día habremos caminado cuarenta y cinco.

Cuarenta y cinco.

Una distancia que la noche anterior nos habría parecido absolutamente descabellada y que por su parte el Camino te hace aceptar lentamente, casi con resignación filosófica. Es inútil preguntarse cuántos kilómetros faltan porque sobrevivimos por etapas: el próximo pueblo, la próxima fuente, el próximo bar.

Llegamos exhaustos a El Acebo, a nuestro albergue nuevo que tiene incluso piscina, la cual obviamente no utilizamos. Hace viento, hace frío, tenemos las manos heladas y la cara destrozada por el cansancio. Pero estamos contentos. Con esa felicidad simple y un poco primitiva que llega solo cuando por fin te quitas la mochila de la espalda y comprendes que por hoy lo has logrado.

Viernes 15 de mayo: Ando

Decidimos no desayunar en el albergue sino parar quizá más adelante.

De repente, en una caravana reconvertida en bar, nos encontramos con Tony, un chico francés simpatiquísimo que nos prepara un café de verdad, hecho con cafetera italiana, uno de esos cafés que no te preguntan cómo estás: simplemente te ponen otra vez en funcionamiento. Tony tiene ese aire de hombre que probablemente sabe arreglar una moto, un matrimonio y una instalación de fontanería usando el mismo destornillador.

Al llegar a Molinaseca hacemos una pequeña pausa y admiramos con el habitual asombro ya casi profesional del peregrino el enésimo puente romano. En el Camino los puentes romanos aparecen con la misma frecuencia con la que alguien saca el teléfono para fotografiar una vaca: inevitables y siempre acompañados por un silencio respetuoso, como si también nosotros tuviéramos que demostrar estar a la altura de los dos mil años que nos observan.

Y cada vez, lo admito, se activa dentro de mí un pequeño orgullo nacional. Porque, como italiano, ver un puente

romano o un acueducto todavía en pie en tierras ibéricas después de siglos de guerras, lluvias, invasiones y peregrinos sudorosos provoca inevitablemente un pensamiento muy poco espiritual pero profundamente patriótico: *«¡Pero qué pueblo eran estos romanos!»*

Mientras tanto, nosotros, civilización moderna y avanzada, inauguramos con frecuencia infraestructuras que a los seis meses ya presentan grietas, desvíos y una comisión parlamentaria en curso.

Ya casi en Ponferrada, durante una pausa conocemos a un peregrino japonés. Pequeño, sonriente y educadísimo.

Se presenta con una ligera inclinación:

«I'm Ando». «Soy Ando».

Luego, intuyendo probablemente que el nivel cognitivo de los peregrinos está ya bastante deteriorado después de tantos kilómetros, añade enseguida:

«Like andar in Spanish!», «¡Como andar en español!»

Genial.

En cuestión de cinco minutos empiezo a pensar en preguntas como:

«¿Ando vas?» «¿Ando come todavía?» «¿Ando sale mañana temprano?»

Parece más un verbo conjugado que una persona.

Al llegar a Ponferrada, el castillo de los Templarios aparece de forma casi teatral, colocado allí como una escenografía medieval montada para recordarte que Europa, antes de los vuelos de bajo coste y de las contraseñas que hay que cambiar cada tres meses, estaba hecha de hombres guerreros que atravesaban continentes con espadas y fe.

Me despido de mis amigos de Bussoleno y continúo hacia Cacabelos, un nombre que inevitablemente provoca reacciones infantiles en nosotros los italianos.

Porque el Camino podrá ser una experiencia espiritual, cultural e introspectiva, pero basta un nombre ligeramente ambiguo para que un grupo entero de adultos retroceda al nivel de emocional de una excursión escolar de secundaria.



Mis amigos de Bussoleno: Gino, Lorenzo, Claudio y Maurizio

Sábado 16 de mayo: el último Camino y aquel «allez» susurrado

He dormido de maravilla. Con ese sueño profundo del peregrino que ni siquiera sueña: simplemente se apaga como un teléfono móvil al 2 % de batería. Me he despertado en la pequeña localidad de Cacabelos, donde a las siete de la mañana los pájaros cantan llenos de entusiasmo mientras que nosotros los peregrinos apenas conseguimos calzarnos y dar los primeros pasos.

Por suerte, un excelente desayuno vuelve a poner orden en el sistema digestivo y en el nervioso.

Me dirijo hacia la primera verdadera montaña de Galicia: O Cebreiro. Solo el nombre ya suena como algo que hay que ganarse. Todo el mundo habla de ella con esa mezcla de respeto y terrorismo psicológico reservado a las grandes subidas del Camino.

«¡Precioso!», dicen siempre. Que en el lenguaje de los peregrinos significa: prepárate para sufrir frente a paisajes espectaculares.

Los kilómetros son muchos y por una vez decido utilizar también el cerebro además de las piernas; reservo un

albergue a unos treinta y cinco kilómetros de distancia, en Herrerías, para asegurarme una cama antes del gran ascenso a la montaña. Con el tiempo uno desarrolla una forma muy concreta de sabiduría: es mejor enfrentarse a las crisis espirituales bajo un techo seguro.

Al caminar solo, el ritmo cambia. Ninguna conversación, ningún compromiso sobre la velocidad, ninguna diplomacia de grupo. Solo el ruido de los pasos, la respiración y esa extraña sensación por la que, después de unas horas, la mente deja de pensar de forma lineal y empieza simplemente a divagar. En el Camino los pensamientos no llegan ordenados: hacen autostop y se acumulan como los restos de una avalancha.

Y mientras tanto, delante de mí, O Cebreiro espera. Inmóvil. Como hacen las montañas cuando saben perfectamente que al final serás tú el que tendrá que ceder.

Atravieso viñedos que se extienden hasta el horizonte. Hileras perfectas, tendidas sobre las colinas con esa calma antigua que solo conoce el campo. Y de repente me vienen a la memoria los viñedos del pueblecito de Irpinia donde vivían mis abuelos y que ellos cuidaban con una dedicación que entonces me parecía normal y que hoy considero casi heroica.

Era maravilloso ver las viñas verdes. Pero aún más bonito era recoger la uva. Las manos sucias, el sol encima, las cajas demasiado pesadas que de niño me parecían desafíos titánicos y que en cambio los adultos levantaban con una naturalidad desconcertante. Cuánto me gustaría regresar durante unas horas a aquellos tiempos. No tanto por ser joven, que se sobrevalora cuando tienes ampollas, sino por recuperar aquel tiempo en el que el futuro estaba lejísimos y el presente bastaba.

Mientras camino pienso en el esfuerzo de los agricultores. Un esfuerzo silencioso, cotidiano, sin aplausos finales. Incluso hoy, con tractores y la tecnología, siguen siendo rehenes del cielo. Basta una granizada repentina, una lluvia inoportuna, un viento traicionero para que meses de trabajo desaparezcan en media hora.

Nosotros los urbanitas nos quejamos cuando la wifi va lenta durante tres minutos; ellos observan las nubes con el nivel de ansiedad de quien sabe que allí dentro podría estar el destino de un año entero.

Estoy en El Bierzo. No conocía esta región ni su denominación vinícola correspondiente. Cuando pienso en vinos españoles solo me vienen a la mente los vinos de La Rioja, como a todos los que creen conocer un país porque han visto dos etiquetas en el supermercado. Y es que esta

tierra española es maravillosamente diversa. Viñedos espléndidos, suaves colinas, pequeños pueblos que parecen haber salido de un tiempo más lento. Y a pesar de mi incompetencia enológica, estoy convencido de que el vino que se produce aquí es excepcional, porque ciertas tierras no pueden producir vinos mediocres. Sería casi ofensivo.

Continúo mi camino. Y mientras avanzo me doy cuenta de que el Camino también hace esto: te devuelve recuerdos que creías archivados, como viejas botellas olvidadas en la bodega. Algunas, al abrirlas, huelen todavía a hogar.

Llego a Villafranca del Bierzo. Voy solo, aunque mantengo contacto constante con Gino y con los demás amigos.

Después de decenas de kilómetros entro en el primer bar que encuentro y me consuelo con un chocolate caliente y unos churros simplemente fabulosos. Una combinación que desde el punto de vista nutricional probablemente haría desmayarse a cualquier dietista, pero que en ese momento tenía el mismo valor emocional que un abrazo materno. Los churros desaparecen con una velocidad incompatible con la dignidad de un hombre adulto.

Reconfortado en el alma y en los niveles de azúcar, reanudo la marcha poco a poco hasta llegar por fin a Galicia, que me

sorprende de inmediato. Contra todos los pronósticos y todas las advertencias meteorológicas, hace sol y calor.

Es una agradable sorpresa después de semanas de lluvia que allí donde me hubiera imaginado tormentas, viento y ropa mojada, el aire huela a hierba seca y a eucalipto, y los caminos blancos brillen bajo el sol. Por un momento casi me entra la sospecha de haber acabado por error en la Galicia de un folleto turístico.

Entonces veo a un viejecito parado junto al sendero apoyado en un pequeño muro de piedra. Lo primero que me llama la atención es la mochila.

Demasiado grande.

Demasiado pesada.

Una mochila desproporcionada para aquel cuerpo delgado, frágil, consumido por los años.

Bebe lentamente de una botella de agua con las manos temblándole ligeramente. Respira despacio, como si incluso respirar exigiera concentración.

Me detengo y le pregunto si se encuentra bien.

Él levanta la mirada y me responde amablemente:

«Oui, oui… allez». «Sigue adelante».

Lo dice casi sonriendo, como hacen las personas de cierta edad que no quieren molestar ni tampoco que las molesten.

Reanudo la marcha, pero a los pocos pasos sigo volviéndome.

Hay algo en aquel hombre que permanece conmigo: tal vez su cansancio y su soledad o quizá la obstinación con la que sigue en pie a pesar de todo.

Varios kilómetros después me detengo en la terraza de un pequeño bar al lado del camino en Trabadelo. Me fijo en dos chicas, una italiana, Patrizia, ya entusiasmada con su primer camino y con la decisión recién tomada debido a la euforia de dejar el trabajo a su regreso, y una francesa, Charlotte. Tomamos algo, charlamos de forma distendida como los peregrinos cansados.

Y entonces aparece él.

El viejecito.

Todavía recuerdo el alivio casi absurdo que sentí al verlo. Una felicidad desproporcionada e irracional. Como si inconscientemente temiera que pudiera desaparecen de un momento a otro por aquel sendero.

Se sienta en silencio no muy lejos de nosotros. Tiene el rostro demacrado, los ojos con el brillo del cansancio, pero también una dignidad inmensa. Esa dignidad silenciosa que tienen ciertas personas mayores cuando siguen caminando aunque el cuerpo les suplique pararse.

Más tarde reanudo la marcha junto a las dos chicas.

Y entonces Charlotte me cuenta que lo conoce. Habló con él el día anterior. Tiene ochenta y un años, es francés, y viudo.

Años atrás hizo el Camino con su mujer.

Cuando me lo dice, siento una repentina presión en el pecho.

La chica sigue hablando en voz baja, casi con delicadeza, como si estuviera contando algo muy delicado que merece respeto y discreción.

Después de la muerte de su mujer se quedó solo. La familia quería mandarlo a una residencia. Pero él no era capaz de aceptarlo. Así que cogió su vieja mochila y remprendió la marcha hacia Santiago.

Casi no decía nada. Caminaba y punto.

Recuerdo el silencio que se hizo entre nosotros mientras yo escuchaba aquella historia.

Porque en ese momento tuve una sensación repentina, terrible y profundamente humana: quizá aquel hombre no estuviese yendo realmente a Santiago.

Quizá simplemente estaba buscando un último lugar donde sentirse todavía vivo.

O quizá —y este pensamiento todavía hoy me hace reflexionar— esperaba morir allí, en el Camino, por aquellos caminos que había recorrido años antes junto a la mujer que amaba.

No en una habitación anónima, quizá con la televisión puesta, esperando lentamente el final. Sino caminando, con su mochila demasiado pesada, con su obstinación y con sus recuerdos.

Y desde entonces lo llevo conmigo.

Porque en el Camino te topas con personas que olvidas. Y luego te encuentras con otras que permanecen contigo durante años porque su historia te ha marcado el alma para siempre.

De él recuerdo poco: el rostro cansado, las manos temblorosas, aquel *«allez»* pronunciado casi en voz baja.

Todavía ahora me pregunto si de verdad llegó a Santiago.

Domingo 17 de mayo: el *chuletón* fatal

Llego a Herrerías, donde acabo charlando con dos personas encantadoras: Renata y Beatrice.

Renata ya había recorrido una parte del Camino años atrás y evidentemente, aquella experiencia se le quedó grabada dentro, como solo ocurre con lo que importa de verdad. Esta vez sin embargo ha vuelto en compañía: ha conseguido convencer al amor de su vida para que la siga y así compartir los mismos paisajes, el mismo cansancio y quizá también esa extraña felicidad que nace cuando caminas durante horas sin saber muy bien por qué, pero sintiendo que tiene sentido hacerlo.

Las observo hablar y sonreír con esa complicidad tranquila de las parejas que están bien juntas incluso en silencio. Que además es una de las pruebas definitivas del amor verdadero: lograr soportarse después de veinte kilómetros de subida, sudor, mochilas malolientes y discusiones de logística sobre dónde sellar la credencial.

Ambas tienen esa energía luminosa típica de ciertas personas que consiguen hacerte sentir a gusto de inmediato. Al cabo de un rato nos despedimos convencidos de que de

una manera u otra nos volveríamos a ver en cualquier parte del camino.

También me despido de María, la propietaria de la pensión donde me alojo. Exfutbolista todavía apasionada por el fútbol, habla de deporte con la misma seriedad con la que otros hablan de religión o de política internacional. En el Camino descubres que cada pequeño pueblo esconde historias inimaginables: atletas, músicos, cocineros y filósofos disfrazados de baristas.

Estos pensamientos me acompañan cuando comienza la terrible subida hacia La Faba.

Primero por una carretera asfaltada, casi engañosa en su aparente amabilidad. Después llega el camino antiguo, el verdadero, el que poco a poco te recuerda por qué los peregrinos pronuncian *O Cebreiro* con el mismo tono respetuoso con el que se nombran ciertos exámenes universitarios traumáticos o las maratones.

La montaña nunca grita. Te consume lentamente. Paso a paso.

Me topo con un cartel que anuncia casi con orgullo que el tramo que estoy a punto de recorrer ha permanecido

prácticamente idéntico al que utilizaban los peregrinos hace siglos.

Una de esas informaciones que leídas desde el sofá de casa resultan románticas. Sobre el terreno, en cambio, suenan más bien como una amenaza.

Después de pocos metros comprendo que los historiadores no exageraban.

El sendero es verdaderamente antiguo. Tan antiguo que parece no haber recibido mantenimiento desde tiempos de Carlomagno.

Camino entre piedras, barro y tramos resbaladizos que convierten cada paso en una apuesta. Avanzo inclinado hacia delante, apoyado en mis bastones de trekking, e inevitablemente pienso en los peregrinos medievales.

Pero, ¿cómo lo hacían?

Yo voy equipado como para una expedición alpina patrocinada: calzado técnico, chaqueta impermeable, mochila ergonómica, sombrero, crema solar, crema para las ampollas, botella con filtro y una cantidad de accesorios tal, que parezco menos un peregrino que una tienda ambulante

de artículos deportivos y productos farmacéuticos. Y aun así, estoy sufriendo.

Pero ellos afrontaban estas montañas con zapatos de cuero rígido, capas de lana empapadas y una cobertura sanitaria basada principalmente en la protección de los santos.

Quizás eran más resistentes. Tal vez habían sobrevivido a guerras, hambrunas y epidemias, y poseían una entereza que hoy haría palidecer a cualquier atleta profesional.

O simplemente se morían y las reseñas negativas no nos han llegado.

En un momento dado resbalo ligeramente sobre una piedra y consigo evitar la caída gracias a una maniobra que recuerda más a una coreografía contemporánea que a una caminata.

Miro a mi alrededor para comprobar que nadie haya presenciado la escena.

Por supuesto que hay al menos cinco peregrinos. Todos sonríen con esa expresión de solidaridad que significa:

«Tranquilo, a nosotros también nos ha pasado».

Que en el Camino es la versión elegante de:

«Has tenido mucha suerte de no acabar con la cara en el barro».

Cuando por fin el sendero mejora, me vuelvo y siento un respeto sincero por aquellos peregrinos que lo recorrían hace mil años.

Aunque inmediatamente después pienso que si realmente pudiera elegir entre la espiritualidad medieval y un par de botas nuevas de trekking, elegiría estas últimas sin el mínimo conflicto interior.

Llego a La Faba ya cansado y me detengo inmediatamente para una pausa estratégica: ¿espresso o tortilla, o las dos cosas? A estas alturas mi organismo funciona según un principio muy sencillo: carbohidratos, cafeína y esperanza.

Reanudo la marcha. La subida continúa. La respiración se hace más corta, las piernas protestan abiertamente y la mochila parece estar llena de ladrillos mojados. A pesar de todo se continúa. En el Camino aprendes que el cuerpo dispone de muchas más reservas de las que imaginamos. Es la cabeza la que a menudo se rinde antes.

Por fin llego a la cima de O Cebreiro.

Y entiendo enseguida por qué todos hablan de él como de un lugar casi místico. Las casas, pocas a decir verdad, parecen sacadas de otra época: bajas, redondas, antiguas, construidas para resistir el viento, el frío y probablemente también las opiniones en las redes sociales. Visito la iglesia, simple y austera, con esa espiritualidad discreta que aquí todavía parece auténtica. Ni un solo efecto especial. Solo silencio, piedra y siglos.

Fuera, el paisaje compensa todo. O casi todo. Porque los dolores del tendón y de los músculos no parecen estar particularmente impresionados por la belleza del paisaje.



O Cebreiro

Pateo kilómetros de sendero, me detengo en un par de bares y noto con alegría que cuanto más nos adentramos en Galicia, más gruesas se vuelven las tortillas.

Llego a Triacastela al caer la tarde. El tiempo justo para dejar la mochila en el albergue y dirigirme al restaurante con las mejores reseñas del pueblo.

Entro, me acomodo y le digo al camarero que no quiero el menú del peregrino. Quiero carne, proteínas hierro.

Él me mira con esa expresión tan característica de los españoles cuando comprenden que el peregrino que tienen delante ya ha cruzado la frontera entre el hambre y el delirio metabólico.

Me propone un *chuletón*.

Luego, al verme solo, se siente moralmente obligado a precisar:

«Un kilo doscientos gramos... con hueso incluido, ¿vale?»

Un kilo y doscientos gramos.

Prácticamente un ternerito.

Pero yo, rebosante de excesiva confianza y totalmente desconectado de la medicina interna, respondo inmediatamente: *«¡No te preocupes!»*

Y ya puestos, añado además:

«Tráeme también patatas y pimientos de Padrón.»

En ese momento creo que el camarero empezó a considerarme más un caso clínico que un cliente.

Es claramente demasiado. Pero yo no tengo un hambre normal.

Tengo el vacío típico del peregrino que surge después de haber escalado una montaña por una pendiente pronunciada y un antiguo sendero de *trail*: una condición física en la que el cuerpo deja de distinguir entre alimentación, supervivencia y ataque preventivo a las reservas alimentarias de Galicia.

Y mientras veo llegar aquella inmensa cantidad de carne a la mesa, me viene a la mente un pensamiento muy simple, muy humano y sincero: quizá la felicidad a veces sea solo esto. Estar muerto de cansancio, tener hambre de verdad y

ver avanzar hacia ti un *chuletón* del tamaño de un colchón ortopédico.

El camarero también me ofrece vino.

A mí. Que no bebo.

Llegado a este punto creo que seguramente irradio la energía espiritual de alguien perfectamente capaz de beber directamente de un barril.

Y en cualquier caso... me lo como todo, con una disciplina y una determinación como creo haber alcanzado en contadas ocasiones en mi vida.

Pero después llegan las consecuencias: una especie de colapso gastrointestinal místico.

Una indigestión tan violenta que durante media hora más o menos estoy realmente convencido de que me voy a morir.

Tumbado en la cama del albergue, sudando frío, empiezo a imaginar mi fin en el Camino.

Incluso veo la lápida:

«Aquí yace Michele Colucci.
Peregrino.
Caído heroicamente ante un chuletón».

¡Qué final tan indigno! Sobrevivir a los Pirineos, a las ampollas, a cuarenta y cinco kilómetros al día... y morir por exceso de entusiasmo bovino.

Le rezo a Dios, al Padre Pío, a la Virgen de Montevergine, a Santiago, a San Genaro y a todos los santos que se me vienen a la mente.

Juro solemnemente que si sobrevivo a esta noche, comeré con moderación y sobriedad durante el resto de mi vida.

El milagro se produce, duermo de maravilla y por supuesto me despierto con la misma hambre que el día anterior.



El fatídico chuletón

Lunes 18 de mayo: una pequeña humanidad cansada y feliz

Por fin hace sol. Un sol gallego luminoso y generoso que, cuando decide aparecer, parece mejorar al instante el estado de ánimo de toda la humanidad peregrina.

El ambiente entre nosotros es, en efecto, alegre, aunque el cansancio sigue ahí, pero en un momento dado surge una especie de alegría colectiva inexplicable. Quizá porque aquí todos van en la misma dirección, algo que ya en la vida es raro.

Me encuentro con James y Steven, dos viejos amigos ingleses. O mejor dicho: ingleses de origen, porque James vive desde hace veinte años en Nueva Zelanda. Y eso ya me parece una historia extraordinaria. Dos amigos que deciden hacer juntos el Camino después de una vida separados en los dos extremos del planeta. Algunas amistades resisten mejor al tiempo y a los continentes que ciertos matrimonios europeos con una hipoteca compartida.

Llegamos a un pequeño lugar de descanso para peregrinos donde se hace yoga y se ofrece algo de beber y comer a cambio de una simple donación, si se quiere. Ningún precio obligatorio, ninguna caja registradora agresiva, ningún

«menú experience». Solo una acogida incondicional y confianza absoluta en el prójimo. Una dimensión de las relaciones humanas que en el mundo moderno parece cada vez más rara.

Esto es algo del Camino que siempre me llama la atención: aquí todavía existe una economía de la amabilidad que funciona según mecanismos misteriosos, pero que funciona. Alguien te ofrece algo sin saber quién eres y tú le correspondes con un gesto espontáneo sin sentirte en deuda. Durante unos minutos, el mundo parece recordar que no todo debe monetizarse hasta el último céntimo.

Por el camino nos encontramos a Rafael, un joven griego que lleva una melódica. Y ya esta frase parece el comienzo de una película independiente premiada en algún festival. Rafael camina y toca. De vez en cuando se detiene, sonríe e improvisa unas notas. Y de repente el sendero se transforma. Porque basta un poco de música en medio del bosque para recordarte que los seres humanos, a pesar de todo, todavía sabemos crear belleza gratuita.

Llegamos a las afueras de Sarria y me despido de mis amigos ingleses, atraído de nuevo por el deseo de comer pulpo a la gallega. ¡Qué delicia! Tierno, perfecto, condimentado con una sencillez absoluta. La cocina española, como también la italiana, tiene esta cualidad

maravillosa: cuando el producto es bueno, no siente la necesidad de disfrazarse de otra cosa.

En Sarria el Camino cambia de cara: aumentan los peregrinos y las mochilas nuevas, se multiplican las personas que caminan tan frescas como si acabaran de salir de un anuncio de calzado de senderismo. Nosotros los veteranos, en cambio, nos reconocemos al instante por la mirada ligeramente desgastada y por la forma en que nos sentamos lentamente para que no se nos colapsen las rodillas.

Decido continuar. Atravieso bosques y prados verdes de hierba alta y espesa que pronto se convertirá en heno para el forraje del ganado.

Aquí Galicia se vuelve casi hipnótica: senderos en la sombra, muros bajos de piedra, vacas inmóviles que observan a los peregrinos con la expresión paciente de quien ya ha comprendido todo sobre la vida, pero ha decidido no explicártelo.

Al final hago nada menos que 46 kilómetros. Cuarenta y seis. Una distancia que en la vida normal exigiría un plan logístico, suplementos y quizá también algo de apoyo psicológico. Aquí sin embargo la considero casi «una

jornada intensa pero factible». El Camino altera completamente la percepción de la realidad.

Por el camino me encuentro a una pareja francesa que parece haber encontrado el compromiso perfecto.

Ella hace el Camino a pie. Él la sigue en una caravana.

Cada noche se reencuentran, cenan juntos y duermen cómodamente.

Observo la escena con sincera admiración.

Después de casi ochocientos kilómetros a pie, me entra la duda de si el verdadero peregrino ingenioso no es la esposa que camina, sino el marido que sin ponerse jamás una mochila a la espalda ha conseguido hacer pasar por auténtico su Camino de Santiago.

Agotado pero feliz, llego finalmente a la sugerente Portomarín: en los años sesenta, para construir el embalse de Belesar sobre el río Miño, el antiguo pueblo quedó sumergido bajo las aguas. Antes de la inundación, los habitantes desmontaron piedra a piedra los edificios más importantes y los reconstruyeron en la colina que domina el lugar.

Me siento en la plaza y me olvido del pecado de gula que controlaba la alimentación de los pobres antes y quizá también ahora. En el restaurante vuelvo a pedir pulpo a la gallega, pero también pimientos de Padrón, calamares fritos y una cerveza sin alcohol.

A mi alrededor peregrinos, ruido, vasos, risas, mochilas apoyadas por todas partes. Y contemplando la plaza me da por pensar que quizá el verdadero lujo no sea el silencio absoluto ni los hoteles perfectos.

Quizá el verdadero lujo sea sentirse parte, aunque solo sea por una noche, de una pequeña humanidad cansada pero feliz.



En Galicia bajo un sol inesperado… ¡por fin!

Martes 19 de mayo: el Camino cambia de luz

Me despierto con un pensamiento que llega incluso antes que el ruido de las mochilas y de los pasos en el pasillo del albergue: hoy es el cumpleaños de mi hija, Giulia.

Y de repente el Camino cambia de luz.

Porque puedes atravesar montañas, lluvia, silencios y cansancio; también puedes convencerte durante unas semanas de que te has convertido en una especie de peregrino ejemplar capaz de vivir solo con dos camisetas, un pantalón corto y una botella de agua... pero luego basta con pensar en tu hija y vuelves inmediatamente a ser padre.

Pienso en ella recién nacida, en sus sonrisas, en los cumpleaños organizados a toda prisa entre el trabajo y la vida cotidiana. Pero esta vez estoy aquí, en un sendero de Galicia, a cientos de kilómetros de distancia, mientras ella sigue creciendo sin preocuparse por el paso del tiempo.

Y es una sensación extraña, dulce y melancólica a la vez, que todos los padres conocen bien: darse cuenta de que los hijos atraviesan tu vida como un milagro lentísimo mientras tú, distraído, simplemente intentas seguirles el ritmo.

Llevo semanas caminando en busca de algo que incluso me cuesta explicar, pero en momentos como este comprendo que el sentido de mi vida lleva sencillamente el nombre de mis hijos.

Luego, justo después de esta elevadísima reflexión paterna, llena de amor y espiritualidad, llega un segundo pensamiento muy preciso, concreto y definitivamente menos poético: tengo que hacer la colada.

He llegado a ese punto del Camino en el que el armario ya no se divide entre «limpio» y «sucio», sino entre «todavía socialmente aceptable» e «inaceptable». Prácticamente no tengo nada que ponerme.

Así que voy a la lavandería del albergue cerca del mío y, mientras las máquinas dan vueltas, me tomo un buen desayuno que ya se ha convertido casi en un ritual: tostada con tomate y jamón. Ya no puedo prescindir de esto.

Al principio del Camino pensaba que la iluminación espiritual llegaría a través del silencio, la meditación o las grandes cuestas. Pero en realidad una parte importante de mi evolución personal está siendo a través del pan tostado, el tomate rallado y el jamón ibérico. España te cambia también así.

Cuando finalmente la ropa está lavada y seca, siento una satisfacción desproporcionada. La doblo con esmero, la guardo en la mochila y sin darme cuenta me veo cantando a pleno pulmón *Bonito*, de Jarabe de Palo: *«Bonito, todo me parece bonito...»*

¡Lavo la ropa y estoy contento! Y lo que me preocupa es que lo estoy de verdad.

El Camino reduce la felicidad a lo esencial: una cama libre, un plato caliente, unos pies que pese a todo todavía funcionan, y ropa limpia. Una vez eliminado todo lo superfluo, uno se da cuenta de que el ser humano es sorprendentemente fácil de contentar.

Por el camino me encuentro con otros italianos. Otras historias, otros destinos, otras vidas suspendidas temporalmente dentro de este largo pasillo humano hacia Santiago. Entablamos amistad enseguida y a los tres minutos ya estamos hablando de comida, de la familia y de los problemas estructurales de nuestro país.

Pero la sorpresa más bonita del día es Abies: un burrito peregrino.

Ha llegado directamente de Lourdes, Francia, junto a su dueño, Laurent, un hombre que para mí se parece de forma increíble a Richard Gere, justo el de las películas en las que parece estar siempre a punto de impartir sabiduría mientras contempla el horizonte. Él por su parte me asegura que según sus amigos se parece a Zinedine Zidane.

Yo, diplomáticamente, decido ver a ambos personajes a la vez: Richard Gere, pero el que ha hecho la concentración veraniega del Real Madrid.

Bajo la mirada atenta y llena de cariño de su dueño, Abies camina tranquilo, muy serio, con esa dignidad serena que solo poseen los burros. Y mientras lo miro pienso que quizá hemos subestimando profundamente a este animal durante siglos. Los burros no tienen prisa, no hacen marketing personal, no abren pódcast motivacionales. Van hacia delante y punto. Una filosofía muy respetable.

A decir verdad, observando a Abies por el sendero, me entra la sospecha de que él es el verdadero peregrino del grupo y que nosotros, los seres humanos, solo caminamos a su lado como una complicación añadida. Él no parece atormentado por la necesidad de «encontrarse a sí mismo», no cuenta kilómetros, no consulta Booking, no compara calzado técnico, y no fotografía el atardecer para demostrar

a los demás que es espiritual. Camina, come, observa el mundo y siempre recibe una caricia.

Lo cual, pensándolo bien, podría ser una definición bastante convincente de un estado de felicidad.

Más adelante, estando sentado en un bar, me encuentro con Cristiana y algunos de sus amigos.

Están alegres, sonrientes, llenos de energía y parecen afrontar el Camino con una serenidad que yo, después de semanas de tendinitis y negociaciones diarias con mis rodillas, considero casi sobrenatural.

Cristiana dirige una academia de yoga y ha organizado para el grupo algunas sesiones de yoga durante el Camino.

Confieso que la noticia me deja maravillado y me hace reflexionar.

En mi imaginación, la peregrinación medieval incluía lluvia, barro, oraciones, pan duro y crisis existenciales ocasionales.

No había contemplado la posibilidad de hacer la postura del guerrero entre dos flechas amarillas o el saludo al sol con vistas a las colinas de Galicia. Así que mientras yo

lucho diariamente contra los músculos posteriores de los muslos y contra la ley de la gravedad, ellos parecen vivir en una dimensión de equilibrio físico y espiritual claramente más avanzada.

Después de una breve pausa llego a Palas de Rei, a 67 kilómetros de Santiago. Por primera vez el final parece casi real. Y esa sensación resulta extraña. Porque después de semanas en marcha, el Camino se convierte en la normalidad y la idea de que pueda terminar parece casi absurda.

Allí me encuentro con Fabio, un amigo mío al que no veía desde hacía quince años. Tras aterrizar unos días antes en Bilbao, debido a un dolor en la cadera decide recorrer parte del Camino en autobús.

Estamos juntos apenas dos horas, pero intensas. Hablamos muchísimo y recordamos algunos momentos de nuestras vidas. Y dentro de mí siento esa dulce melancolía de los momentos breves pero auténticos.

Después nos despedimos. Él se dirige a su albergue y yo al mío, con la promesa de volver a vernos al día siguiente.



Laurent y su burrito Abies directamente de Lourdes:
¡inseparables!

Miércoles 20 de mayo: ¡Santiago no se va a escapar!

Tengo frío, y a las cinco de la mañana las primeras luces blancas y rojas, esas terribles de las linternas frontales de los peregrinos madrugadores, empiezan a iluminar la habitación como si se tratara de una intervención de la policía científica.

Cada vez que un haz de luz me da de lleno en la cara en plena noche, tengo la sensación de ser sospechoso de algún grave crimen internacional, cuando en realidad mi único delito es haber ocupado una cama cerca de la puerta del baño.

Llegado a este punto creo que existe una categoría específica de peregrinos convencidos de que el Camino es también una competición clandestina para ver quién consigue salir antes del amanecer.

Yo los observo desde mi saco-sábana con la expresión de estar ya curtido pero con una sola pregunta existencial: *«Pero ¿adónde tenéis que ir tan temprano? No hace calor. Y además… ¡Santiago no se va a escapar!»*

Finalmente salgo del albergue y desayuno en el silencio mental típico de las primeras horas del día, cuando el cerebro todavía no ha decidido si colabora o no.

Y después de nuevo en marcha hacia Santiago.

Busco sitio en Arzúa, pero está todo lleno. En los últimos cien kilómetros el Camino cambia completamente de atmósfera: llegan nuevos peregrinos, estudiantes, grupos organizados, gente fresquísima que todavía huele a gel de ducha y a optimismo.

Y de hecho, por el camino se van incorporando clases enteras de escolares españoles. Y es bonito ver a chicos y chicas que se ríen, cantan, se gastan bromas y caminan juntos. De vez en cuando alguno corre hacia delante; algún otro arrastra la mochila como si fuera un trauma familiar.

Me enternecen. Y también me dan un poco de envidia. Tienen la energía adolescente que permite hacer treinta kilómetros, comerse un bocadillo de dudosa calidad y recuperarse completamente en seis minutos.

Yo, por el contrario, cuando me siento a descansar, primero tengo que realizar una pequeña evaluación técnica para

comprobar si después podré volver a levantarme sin asistencia mecánica.

Paso rápidamente por Arzúa y continúo porque no encuentro alojamiento hasta más allá de cuarenta kilómetros, en Salcedo. Más bosques maravillosos, senderos suaves, eucaliptos, esa Galicia húmeda y verde que parece respirar lentamente junto a los peregrinos.

Llego con tiempo suficiente para volver a ver a Fabio, mi amigo «busperegrino», como ya lo llamo cariñosamente. Solo una hora juntos, pero llena de afecto.

Comemos rápidamente, puesto que después Fabio toma el autobús hacia Santiago y desde allí seguirá hasta Madrid. Nos despedimos con esa extraña sencillez del Camino, donde incluso los adioses más sinceros siguen siendo ligeros. Nadie monta grandes escenas. Se sabe que el viaje continúa de todos modos, solo que por caminos diferentes.

Yo regreso al albergue muerto de cansancio, con tal sensación de fatiga en la que quitarse los zapatos requiere la misma concentración mental que una operación quirúrgica delicada.

Entro en la habitación y ya están todos dormidos. Silencio absoluto. Tres cuerpos inmóviles, mochilas desperdigadas, el clásico olor a mezcla de pies, pomadas y redención espiritual.

Como he llegado el último, me toca otra vez subir a la litera superior intentando no despertar a nadie.

Yo ya después de haber sufrido esta tortura varias veces durante el Camino, me muevo con la cautela de un ladrón profesional dentro de un museo lleno de alarmas.

Por fin consigo subir.

Y allí encuentro una manta caliente, suave, perfecta.

En ese momento experimento una felicidad absoluta y pienso seriamente que las grandes filosofías occidentales han subestimado el poder emocional de una buena manta después de 40 kilómetros.

Me duermo como un angelito. Uno muy cansado y con las rodillas destrozadas, pero un angelito al fin y al cabo.

Jueves 21 de mayo – Parte I: Europa nació peregrinando a Compostela

Me despierto temprano, pero los ocupantes de mi habitación ya han desaparecido. Disueltos. Evaporados durante la noche como ninjas peregrinos dotados de bastones de trekking e insomnio crónico.

Durante unos segundos disfruto del silencio absoluto del albergue vacío. Pero entonces llega una sensación extraña. Después de semanas de roncadores en serie, bolsas ruidosas y linternas frontales encendidas en mitad de la noche, casi echo de menos el caos. Casi.

Me afeito bien la barba descuidada durante los últimos días, pensando que hay que llegar presentable a Santiago. No ocurre todos los días que uno llegue al final de una peregrinación larga, extenuante, pero gratificante, al menos para el espíritu.

El ambiente es diferente hoy. Por el camino todos parecen más ligeros, más emocionados, casi eléctricos. Algunos hablan muchísimo, otros en cambio caminan en silencio, como si intentaran alargar mentalmente las últimas horas de esta vida suspendida.

Durante el trayecto me paro a charlar con una peregrina que ya ha hecho el Camino Portugués y que ahora llega del Primitivo. Me habla de cuestas, lluvia, cansancio, encuentros. Y mientras la escucho siento cómo nace dentro de mí una certeza silenciosa: haré otros caminos. Otros tantos.

Porque Santiago crea una dependencia muy particular. En el que viene después, no echas de menos solamente el caminar. Echas de menos la sencillez que caracteriza y rige el Camino y el hecho de que cada día tenga un objetivo clarísimo: seguir adelante y llegar a la siguiente etapa.

Llego a cuatro kilómetros de la catedral.

Y me sorprendo haciendo exactamente lo contrario de lo que esperaba: en lugar de acelerar... ralentizo.

Me detengo varias veces. Miro al cielo. Observo a la gente. Alargo innecesariamente las pausas.

Siento el temor de que el Camino se esté acabando de verdad. Y de que con él esté a punto de desaparecer también esa simplicidad a la que me he acostumbrado tan deprisa.

¿Y después?

¿Qué ocurre cuando regresas a la vida normal después de semanas en las que todo era tan esencial? ¿Cuando los problemas se presenten en forma de correos electrónicos, horarios, reuniones, notificaciones, tráfico, responsabilidades que gestionar y expectativas que satisfacer?

En el Camino basta con poco: una cama, una ducha caliente, alguien con quien compartir una cerveza o un trozo de pan.

Continúo lentamente.

También aquí por la calle los niños me saludan sonriendo: *«¡Buen Camino, peregrino!»*

Y cada vez me impacta esa sencillez acompañada de grandes sonrisas. Personas que no te conocen, que seguramente no volverás a ver nunca más, y que aun así te animan sinceramente. Como si el simple hecho de caminar mereciera respeto.

De repente, a lo largo de la Rúa de San Pedro, a la entrada de la ciudad, veo una frase grabada en piedra en varios idiomas:

«Europa se hizo peregrinando a Compostela».

Me paro en seco. La vuelvo a leer una segunda vez. Luego una tercera. ¡Increíble!

Después de cientos de kilómetros a pie, esa frase me impacta más que muchos monumentos. Porque en ese momento comprendo que el Camino no es solamente un recorrido religioso o espiritual: es también una de las primeras grandes experiencias verdaderamente europeas de la historia.

Durante siglos, hombres y mujeres han atravesado el continente para llegar hasta aquí: italianos, franceses, alemanes, belgas, holandeses, ingleses, portugueses, polacos y muchos otros. Hablaban lenguas diferentes, pero caminaban juntos, dormían en los mismos refugios, comían en las mismas mesas, afrontaban los mismos miedos, y la misma fatiga.

Mucho antes del euro y de Schengen ya existía este pueblo de peregrinos que tenía un estatus especial para poder

atravesar libremente fronteras, culturas y diferencias, sintiéndose parte de algo superior y común que era el cristianismo católico o universal.

No sé si los padres fundadores de la Unión Europea, Robert Schuman, Jean Monnet o Altiero Spinelli, hicieron alguna vez el Camino. Pero estoy convencido de que la Europa con la que soñaban se acercaba mucho al espíritu que se respira aquí.

Así, el Camino se manifiesta como la expresión más europea que he visto jamás. Como funcionario de las instituciones de la Unión Europea, mientras leo esa frase bajo el cielo gallego, experimento incluso una especie de emoción profesional. Después de años entre directivas, reglamentos y largas reuniones, de repente la idea de Europa vuelve a parecerme sencilla, concreta y hasta humana.

Un grupo de desconocidos que sigue caminando obstinadamente en la misma dirección a pesar de las diferencias, el cansancio y las dificultades. Lo cual, pensándolo bien, ya es casi un milagro.



Europa se hizo peregrinando a Compostela

Jueves 21 de mayo – Parte 2: Simplemente he caminado

De repente, ahí está, la catedral: majestuosa.

Y yo, por supuesto, rompo a llorar. Lo sabía. Lo sabía perfectamente.

Durante semanas he imaginado este momento. Pero la realidad es mucho más poderosa que cualquier fantasía.

Me quedo inmóvil en medio de la plaza. A mi alrededor hay peregrinos que ríen y lloran al mismo tiempo, que se abrazan y se fotografían. Algunos se sientan en el suelo en silencio y contemplan la fachada como si quisieran grabarla para siempre en la memoria.

Intento hacer una foto, pero me tiemblan las manos por el fuerte impacto emocional. Hago una, luego otra, después aparto el teléfono. Comprendo que ninguna imagen logrará contar realmente lo que estoy sintiendo.

Tengo ganas de abrazar a todos los peregrinos de la plaza. Lo he conseguido y no me parece verdad.

Pienso en los casi ochocientos kilómetros recorridos, en las subidas interminables, en los amaneceres, en los rostros que han acompañado el viaje.

Siento mi respiración y disfruto de la maravillosa y rarísima sensación de estar exactamente donde deseaba estar.

Cuando llego al hotel, la chica de la recepción me mira con la serenidad comprensiva de quien ve llorar a peregrinos todos los días y considera ya perfectamente normal que un hombre sudado con la mochila a cuestas se emocione delante de una iglesia.

Me dan la habitación, entro y me dejo caer sobre la cama. Me quedo así unos minutos sin hacer nada.

Después mando una fotografía de la catedral a familiares y amigos. Poco más tarde recibo una llamada de casa. Todos están felices por mí.

Hablamos del Camino, de la llegada, de los kilómetros recorridos.

Y entonces mi hijo me dice de manera simple y por primera vez:

«Papá, estamos orgullosos de ti».

Siento un nudo en la garganta. Intento responder con naturalidad, pero no lo consigo. Me emociono y rompo a llorar, porque en ese momento comprendo que el Camino me ha dado mucho más de lo que esperaba encontrar.

Después llegan muchos mensajes y felicitaciones.

Me parece casi excesivo.

Al fin y al cabo no he escalado una montaña ni he cruzado un océano. No he realizado hazañas extraordinarias.

Solo he hecho lo que los seres humanos llevan haciendo desde hace miles de años.

Simplemente he caminado.

Paso a paso.

Y tal vez sea ese precisamente el secreto del Camino. Te recuerda que casi todo en la vida se alcanza así. No con grandes gestos heroicos, sino poniendo un pie delante del otro incluso cuando estás cansado y no sabes bien por qué continúas.

Por fin me miro la cara en el espejo. Estoy más cansado, más delgado, más moreno. Pero, sobre todo, tengo una mirada distinta. Más serena.

Descubro que la Oficina del Peregrino ya está cerrada a esa hora. Así que decido salir a cenar y descubrir esta ciudad que desde hace siglos continúa atrayendo a hombres y mujeres de todo el mundo y esto contribuye a hacerla única.



¡Aquí está!

Viernes 22 de mayo: el último sello y la misa del peregrino

Voy a la Oficina del Peregrino a primera hora de la mañana porque quiero recoger mi certificado: la ansiada Compostela. Ya hay muchos peregrinos en la cola, pero la fila avanza rápido.

Cuando por fin llega mi turno, me acerco al mostrador con mi credencial bien apretada entre las manos. Está gastada, las esquinas dobladas, abultada por los sellos. Se parece un poco a mí.

Al otro lado me recibe un voluntario japonés. Tiene un aire amable y concentrado mientras coge el documento y empieza a hojearlo con atención.

No se limita a echarle un vistazo por encima. Examina de verdad un sello tras otro: Saint-Jean-Pied-de-Port – Roncesvalles - Pamplona - Burgos - León - O Cebreiro - Santiago.

Lo observo mientras comprueba las fechas y los sellos, y, por un instante, me parece revivir todo el viaje. Cada sello contiene una jornada de camino: un esfuerzo, un

encuentro, una lluvia repentina, una risa compartida, una cuesta infernal.

Al final asiente lentamente y pone el último sello.

Me sonríe felicitándome por haber salido desde Saint-Jean-Pied-de-Port y por haber completado todo el recorrido.

Luego imprime la Compostela en español y en latín, y en lugar de limitarse a entregármela como hace el resto de sus compañeros, se pone de pie.

Hace una pequeña reverencia y me entrega los certificados con ambas manos, como si no me estuviera dando dos simples hojas de papel, sino algo mucho más importante.

Es un gesto que dura apenas unos segundos, y en ese instante comprendo que el Camino ha terminado de verdad.

Todas las emociones que durante semanas había mantenido disciplinadamente en fila, como los peregrinos en el sendero, deciden de repente llegar juntas.

Las lágrimas siguen brotando: por el cansancio acumulado, por la alegría, por la gratitud.

El voluntario japonés me sonríe de nuevo con discreción.

Tal vez vea escenas parecidas todos los días. O quizás sepa que cuando un peregrino llora frente a la Compostela, no está celebrando una llegada. Se está despidiendo de una parte de sí mismo que se quedará para siempre en el Camino.

Con la Compostela todavía agarrada entre las manos salgo de la Oficina del Peregrino y me dirijo hacia la catedral.

Dentro de poco comenzará la Misa del Peregrino.

Y yo hace tiempo que no voy a misa.

No por hostilidad, sino más bien por algo banal como esa extraña enfermedad moderna que consiste en posponer siempre lo que no es urgente hasta que pasan meses, y a veces años.

Y así descubro que sonrío al pensar que para hacerme volver a misa el Señor ha tenido que hacerme atravesar a pie casi ochocientos kilómetros por España.

Probablemente existían métodos más sencillos.

Entro en la catedral y me siento. Ante mí cuelga el Botafumeiro, lleno de incienso, imponente y casi irreal. Suspendido en el vacío como un gigantesco péndulo detenido en el tiempo, domina la nave central con una presencia que impone respeto.

Durante siglos ha recibido a millones de peregrinos llegados a Santiago después de semanas o meses de camino.

A mi alrededor hay personas procedentes de todos los rincones del mundo. Lenguas, edades e historias diferentes, pero todos estamos allí por la misma razón: hemos llegado. Me reconozco un poco en todos ellos.

Por un instante vuelvo a pensar en los Pirineos, en la meseta, en los albergues, en las conversaciones a lo largo del sendero, en las personas que he conocido y que permanecen en mi corazón.

No sé decir si el Camino me ha hecho una persona mejor.

Sospecho que mi mujer, si le preguntaran al respecto, pediría pruebas adicionales.

En cualquier caso, una certeza se ha abierto paso en mi mente y en mi alma. Sentado en aquella catedral me siento profundamente agradecido.

No sabría decir exactamente a quién o a qué: a Dios, a la vida, al azar, o a todas esas coincidencias que me han permitido estar allí en ese preciso momento.

Solo sé que pienso en todos mis seres queridos, en la salud que todavía me permite caminar y en las infinitas circunstancias afortunadas que con demasiada frecuencia considero normales.

Y finalmente comprendo lo poco que de todo esto podemos dar realmente por sentado.

Epílogo – El regreso

Cuando llegué a Santiago pensaba que lo difícil había terminado. Me equivocaba.

La parte más complicada del Camino en el fondo es volver a la vida cotidiana y adaptarse de nuevo a un mundo que corre sin parar, después de haber descubierto que casi todo puede alcanzarse caminando despacio.

Durante semanas he vivido con poquísimo: una mochila, dos mudas, una cama en el último momento, el problema diario de llegar al siguiente pueblo sin que los pies, las rodillas o la dignidad moral se rindieran definitivamente.

Los primeros días después de regresar sigo despertándome temprano, como si en cualquier momento tuviera que ponerme de nuevo en marcha.

Echo de menos el sonido rítmico de los bastones sobre el sendero y ese cansancio físico absoluto que por las noches me hacía quedarme dormido en tres segundos, sin necesidad de pensar en el futuro, en las facturas, en las reuniones o en las notificaciones.

Todo vuelve inmediatamente a acelerarse. El móvil vibra y los correos electrónicos se multiplican de hora en hora como organismos modificados genéticamente. Se habla de urgencias que, después de haber atravesado a pie el norte de España, adquieren de repente la importancia de una discusión sobre el color de las cortinas.

Durante algunos días me siento casi fuera de lugar. Entro en los supermercados y me parecen enormes. Abro el armario y me pregunto cómo es posible poseer tantos pantalones, camisas y corbatas después de haber vivido un mes entero con una mochila que pesaba poco más de seis kilos.

Hasta me sorprendo mirando con nostalgia un camino de tierra visto desde la ventanilla del coche. Durante semanas mi mundo ha estado lleno de flechas amarillas, botas polvorientas, amaneceres silenciosos y personas con las que me encontré por casualidad. Ahora todo parece más cómodo, pero también un poco más complicado.

En cualquiera de los casos, algo ha cambiado, no de la forma espectacular que se cuenta en las películas o en los libros espirituales. No me he iluminado de repente ni he empezado a meditar al alba. De hecho, la primera mañana en casa me vi recorriendo las habitaciones apagando las luces que mis hijos habían dejado encendidas. Luego se

bloqueó el ordenador y no fui capaz de enviar un correo electrónico. Como siempre. Como si nunca me hubiera marchado.

Sigo preocupándome y perdiendo la paciencia por motivos a menudo insignificantes y alterándome por problemas que a veces solo existen en mi cabeza.

Pero finalmente he comprendido que gran parte de la vida se parece mucho más al Camino de lo que imaginamos. No lo controlamos todo, no podemos prever cada obstáculo, pero nos encontramos con personas que nos ayudan sin conocernos; afrontamos cuestas que parecen imposibles y casi siempre descubrimos que tenemos más fuerza de la que pensamos.

Obviamente siguen ahí las responsabilidades, las personas que amamos y que envejecen, las preocupaciones, los miedos, las decisiones que hay que tomar y aquellas que seguimos dejando pendientes. Algunas, para ser sincero, insisto en aplazarlas con notable talento.

Pero el Camino me ha recordado que casi todo puede afrontarse del mismo modo como se recorren ochocientos kilómetros a pie: sin tener necesariamente todas las

respuestas, sin prisa, pero siguiendo adelante, un paso tras otro. Y a veces eso ya es mucho.

Agradecimientos y un deseo

Gracias a todos los que han dedicado parte de su tiempo a leer y revisar este diario. En especial, a Durante Rapacciuolo, por la paciencia, el cariño y la generosidad con los que leyó y releyó el manuscrito, acompañándome hasta su versión final.

A María Elena Fernández García, un agradecimiento muy especial. A lo largo de estos años me ha enseñado mucho más que una lengua. Gracias a ella he aprendido a conocer, comprender y amar aún más la cultura española, sus tradiciones, su gente y su manera de vivir. Pero, sobre todo, le agradezco haber compartido conmigo sus conocimientos, su sensibilidad y su amistad.

Y, por supuesto, gracias de corazón a las personas que me quieren, por su cariño, su paciencia y por estar siempre a mi lado. A cualquiera que abra este libro le deseo que encuentre tarde o temprano el valor de ponerse en camino para cumplir un sueño pospuesto durante demasiado tiempo. No necesariamente hasta Santiago. Basta con un primer paso.

Bruselas, 1 de noviembre de 2026

Michele Colucci